

X  
REFUTACION

A LA

CRITICA

QUE PUBLICO EL Dr. D. TEODORO M. VILARDEBO EN 24 DE JUNIO ULTIMO  
DE LA MEMORIA SOBRE LA ESCARLATINA POR EL DOCTOR D. JOSE  
PEDRO DE OLIVEIRA.

---

*En médecine, tous parlent des fruits de leur expérience, et plusieurs appellent ainsi des faits douteux et non approfondis, qu'ils prennent pour bases de leurs conjectures, et qu'ils citent avec assurance, quoi qu'ils les aient vus sans soin et recueillis sans choix; toujours en contradiction avec la nature qu'ils prétendent connaitre, interpréter et diriger, mais dont ils ne font que gêner les opérations ou voler les succès.*

Vico-d'Aziz, Diction. Encyclop.

---

19483.04

22.959

IMPRENTA DEL UNIVERSAL.

1836.



*En médecine, tous parlent des fruits de leur expérience, et plusieurs appellent ainsi des faits doux et non approfondis, qu'ils prennent pour bases de leurs conjectures, et qu'ils citent avec assurance, quoi qu'ils les aient pris sans soin et recueillis sans choix; toujours en contradiction avec la nature qu'ils prétendent connoître, interpréter et diriger, mais dont ils ne font que gêner les opérations ou voler les succès.*

VICQ-D'AZVR, Diction. Enciclop.

No es facil explicar las impresiones opuestas q' se han manifestado despues de la publicacion de mi *Memoria sobre la Escarlatina*. Contemplado por los escritores públicos con expresiones honrosas, á que me creyeron acreedor por la oportunidad de aquél escrito, por haber producido ese testimonio de mi zelo por la salud pública, y acaso tambien por haber el primero dedicádome á investigar el orígen, carácter y progresos de esta calamidad, y el método que mas convenía oponerle; en retorno de tan lisonjeras pruebas de estimacion, mi intento de ser útil aun en medio de las lágrimas y de los disgustos quo á menudo ocasionaba este azote, me atrajo muy luego los sarcasmos y otros ataques satíricos, á que mis émulos se prestaron para dar alivio á resentimientos siempre nacientes, porque les devora en secreto una pasion miserable; de tal suerte que la mejor intencion ha sido inmolada á los sentimientos vulgares y personales, efecto inevitable de pretensiones interesadas que detienen al hombre aun desempeñando los mas serios deberes.

Bien advertido de que mi opúsculo envolvia puntos cuestionables, aguardaba, lo confieso, que fuesen bastante poderosas mis insinuaciones y mi ejemplo para que se hiciese palpable la necesidad de la cooperacion de todos los facultativos que ejercen la medicina en esta Capital, á la publicacion de las observaciones que cada uno hubiese recogido de su práctica, á fin de decorarse con toda propiedad el cuadro histórico de una epidemia que yo no habia hecho mas que bosquejar. Bajo este punto de vista es que anuncie en mi memoria, que producia únicamente el resultado de



*mis reflexiones en el mismo orden que me las habian sujero ido los hechos, muy convencido de que la expericencia de un solo medico no era mas que una gota de agua echada en el Oceano de los conocimientos individuales q' constituyen la medicina practica: mas esta franqueza ó declaracion preliminar no fué bastante eficaz para arredar la intolerancia de aquel que desea subyugar á los demas con sus áridos raciocinios y bizarras conjururas. En esta linea es que el espectáculo de una censura injusta quo adolece de la personalidad, ha venido á confirmar lo que por semejantes motivos ha dicho un filósofo:—*

*Paucis operibus admiratio, censura multis, contemptus alius.*

Nunca pude graduar, sin embargo, la poca confianza que demandaba mi solicitud por la solucion de una multitud de problemas, quo entran en la doctrina de los *contagios* y en otras materias del arte que profeso, sinó, cuando el Sr. Editor del Universal, por ocasion de la demora que sufrió en su establecimiento mi memoria sobre la Escarlatina, al prevenir al público que la falta de operarios la causaba, le fué notada agriamente con la impaciencia de la sátira y con desden de mi escrito, aun antes que viese la luz: conducta esta, quo anunciaba la agresion presuntuosa y maligna quo hemos visto ostentar desde el primer envite en el Nacional.

Dispuestos mis contrarios á caer sobre el folleto, cualquiera q' fuese su mérito, no encontraron otro arbitrio para solocar su interes, que apelar al pretesto de un agravio inferido á la Comision facultativa de la Junta de Higiene Pública, haciendo entender que mi principal objeto era el de tachar las medidas sanitarias por ella aconsejadas. Pero á una increpcion tan infundada nada mas natural que oponerle la lectura de mi memoria, para que ese cimiento quede desbaratado, supuesto que en ninguna de sus paginas se puede encontrar el mas tenue resquicio de ofensa. Mis opiniones médicas presentarán, quizá, una perspectiva diversa de la que han ostentado los profesores que integran la Comision; empero, por los conocimientos que cada uno ha adquirido, sea mediante las muy diversas teorías que la medicina abraza, sea por los efectos de una expericencia propia, cada qual obtiene autoridad suficiente para profesar

los principios en que funda sus ideas, y puede expresarlas, aunque sea delante de los hombres mas eminentes de la ciencia, y debe pronunciarlas aunque sea contra las máximas de las mas encumbradas corporaciones médicas.

Es tan práctico el ver allanar el camino espinoso del arte de curar por este medio, que la persona ménos versada en la lectura, puede salir de dudas si hecha una ojeada á todas las producciones científicas y otros documentos que acreditan la benevolencia con que son recibidos de las sociedades sábias todos los escritos, todas las memorias que afectan á algun punto de la medicina, sin que se muestren ofendidas si en ellas se consignan ideas ó conceptos opuestos á aquellos que comunmente se tienen por ciertos, una vez que se guarde la decencia y moderacion que prescriben la buena fe y honor con que deben ser tratadas todas las doctrinas sometidas á infinitas combinaciones, cálculos y analogias.

En medio de tantos sistemas inventados para explicar la accion misteriosa de muchos fenómenos de nuestra naturaleza, el verdadero médico no debiera mostrarse de ningun modo ofendido por los avisos de la expericencia de otro; porque ni es posible imprimir unidad á la cadena de objetos que se nos escapan, por mas que se pretendan reducir y subordinar á la voluntad de la metafisica, ni se pueden sujetar á un solo principio todos los hechos de una ciencia tan complicada como lo es la medicina. Fuera de esto, el valor verdadero ó relativo de opiniones opuestas ha influido sobremanera en su adelanto cuando son recibidas con el sincero deseo de enmendar sus imperfecciones, ó si á efectos de un sentimiento noble de emulacion se procura por medios razonables analizar y recojer lo que pueda haber de útil en los escritos de los otros: pero cuando se interpone la confiada vanidad, cuando la prevencion y motivos interesados prevalecen sobre consideraciones tan elevadas, entonces la parcialidad y la intriga con todos los resortes facticios se muestra esmerada en sacrificarlo todo á esa arma mortífera, que poniendo en juego sus travesuras, sostuye á la sana critica las inflexiones de la sátira de que es

tan difícil defenderse. Así pues, lisonjeado por haber correspondido á un deber profesional con la publicación de mi memoria sobre la *Escarlatina*, no temí aventurarla al destino irrevocable de la envidia, que desalienta y paraliza los esfuerzos de las sensaciones mas puras.

La estimacion y la deferencia con que fué distinguida aquella produccion, fué sin disputa el resultado no de su perfectibilidad, pues demasiado concizo su exigüidad, sino porque era la expresion de un vivo interes por la salud pública anonadada delante de una epidemia, que tenia consternadas las familias, no tanto por lo numérico de vidas que arrebataba, cuanto por la influencia mágica del riesgo que habia inspirado el no sobrevivir á una calamidad exagerada hasta en las precauciones sanitarias..... Nada era, pues, mas natural, que resolverse un profesor á difundir sus ideas y á declarar lo que habia de real ó imaginario en esta penosa ocasion, proporcionando al público la exposicion de su modo de tratar aquella enfermedad, las mas veces tan benigna que apenas exigia ser conducida por la senda de los medios mas sencillos. A impulsos de este sentimiento es que me decidí á franquear en aquel escrito cuantos datos pude descubrir respecto al modo de atenuarla, ¿Y si el ataque á los preservativos, que se me ha notado exageradamente, hubiese sido bastante eficaz á desterrar de los ánimos ese pavor á que la mayor parte de las gentes sucumben por un efecto inevitable de su debilidad, que mayor premio podría apetecer? Aquel que en coyunturas semejantes se esforzara en perfeccionar el sentimiento del valor; el que avivase la esperanza de los enfermos, inspirándoles confianza, en los medios de salvarse del peligro; el que procurase evitar el terror de la poblacion en el curso de graves enfermedades, sería, á mi juicio un hombre culto y discreto: oponerse á la promulgacion de plausibles y rigurosas determinaciones q' se vuelven superfluyas cuando no producen funestas sensaciones, que auyentan la tranquilidad pública, que provocan la pusilanimidad y deterioran las funciones de la vida es un deber de humanidad.

Segun lo que acabo de esponer se alcanza la ligazon

que tienen estos antecedentes con la forma apasionada q' se ha dado á la critica de mi memoria; critica que demuestra palpablemente el ropage de las pasiones privadas. Desamparada como la veo de las consideraciones de un médico que se ha constituido el órgano de la comision facultativa, para descargar sobre ella los golpes de su desaprobacion, me es sensible la estrema obligacion en que me ha colocado de tener que sostenerme contra sus ataques inmercedidos; obligacion tanto mas justificada, cuanto es precaria y violenta la razon que tuvo el Dr. Vilardebó para estrellarse conmigo poniendo de manifiesto un desahogovehemente, como consecuencia de su encono, por no haber yo prestado mis votos al uso de la belladona y de las fumigaciones de chloro aconsejados como medios preventivos de la escarlatina.

Miro como imposible que tales pudieran ser los inmediatos efectos de mi opúsculo sobre el ánimo de tan escarreido censor, porque á no mediar el proyecto de atacarme con la inflexible expresion de los detractores, era imposible que se resolviera á condonar un escrito que no sujetáa ninguna idea enemiga, ni comunicaba alarma. Esta reconvencion por de contado, parecerá desarreglada al que ha desplegado una venganza tiránica despojando á mi débil trabajo de cuanto podía caberle de útil en medio de lo equivocado ó errado que á boca llena ha proclamado en las observaciones relativas á la memoria. No me toca escudriñar la causa ostensible de tal procedimiento porque se deduce claramente: no obstante, podemos observarle que la dicha de su situacion no le debe inspirar engreimiento con esa cimera produccion; bien pronto se convencerá que los rasgos de la critica no realzan sino se les impone la perfeccion de que es digna la materia.

Queda por lo tanto á discrecion del tiempo mi causa que paso á defender con la calma que engendra el convencimiento de poder rebatir el espíritu y tenor de los reparos y errores, que á efecto de impresiones exaltadas ha podido distinguir el Sr. Vilardebó dándome con ese motivo un derecho inequitable de indicarle algunas equivocaciones,

no errores, porque entiendo que no se conforma con una educación delicada el uso de tal calificación. Conozco cuanta influencia presta á mi censor la condición de ser hijo del país, sobre que se decretan continuas alabanzas periodísticas; pero las ciencias siendo como lo ha dicho Ciceron, de todo el mundo, no tienen patria, y por consecuencia solo la rectitud de los principios es que se debe profundizar. Sin postergar ese mérito que será lo que se quiera en orden político, repóso en la confianza de que las personas de buen sentido, que todos los que no se crean con alguna dosis de resentimiento; que los médicos, en fin, que no son influyentes, se dignarán atender con la luntitud del raciocinio á los descargos que voy á producir contra los tiros hostiles de las observaciones.

---

## PRIMERA PARTE.

---

Dá principio el censor á las observaciones relativas á mi memoria sobre la escarlatina con una introducción en la que brilla la elocuente declaratoria del motivo que le ha movido á pronunciarse contra ella: confiesa desde luego que ha visto á todos los órganos de la opinión pagarme sucesivamente su tributo de alabanzas en los términos mas honoríficos y que hubiera (el mismo) aplaudido gustoso mis sentimientos filantrópicos si no hubiera advertido que uno de mis objetos principales era desaprobar y combatir las indicaciones propuestas por la comisión facultativa de la J. de H. P. (de que es miembro) en las instrucciones que publicó para preaverse de la epidemia. Una confesión tan cándida no exige grandes comentarios; ella revela el espíritu de la tarea que se ha tomado el Sr. Vilardelbó, y para que no se quede nadie en duda de los indicios de su encono, añade luego que la VINDICACION del crédito de este cuerpo tan maliciosa como infundadamente atacado, es el objeto de su escrito. Este ingerto lo desenvuelve sin esfuerzo, brota en todo su folleto, y sus frutos, aunque insípidos, se encontrarán á cada paso en la escarpada montaña á que se elevó la crítica para caer sobre su autor.

La principal objeción que hay que hacer á la quimérica suposición de mi censor, cuando me declara la guerra sin otro apoyo que imaginarse que he atacado el crédito de la comisión, es que para hacer valer toda la extensión de ese concepto se sirva apuntar en que parte de mi memoria se oculta el supuesto ataque; que especifique con claridad el periodo, la frase, la voz que merezca el dictado de atacante. ¿Pueden merecer el reproche de maliciosas e infundadas las reflexiones que hice en aquel opúsculo relativas á no depender de LOCALIDAD la epidemia? Le ha herido á la comisión el que yo no me conformase con la prescripción de la tintura de belladonna, ni con el uso de las fumigaciones de chloro como preservativos de la escarlatina? A donde se

halla la malicia? no he publicado las ideas que tengo formadas sobre el particular, subscribiéadolas con mi nombre?

Para que se pueda juzgar de la frivolidad de este cargo y para dar á conocer el peso de egoismo y personalidad que le adorna, basta traer á la memoria lo que publicó mi censor el año anterior en Buenos Aires, con referencia á dos operaciones de la aneurisma practicadas una por el Dr. Morrison, y la otra por el Dr. Montesdeoca. A sé, á sé que es imposible tocar mas de cerca al crédito de aque'los profesores, cuando la curiosidad del Sr. Vilardebó lo condujo á censurar los casos de *Hurruz y Antúnez*, para llegar á afirmar que dudaba de la existencia de tales aneurismas; y con tal magisterio desdén de estos dos casos, que se pronunció sobre ellos con una austeridad no exenta de propósitos personales. Yo transcribo aquí sus propias palabras al entablar aquella crítica. *En los asuntos científicos, y en aquellos sobre todo, en que se trata de la salud de los hombres, la divisa de todo médico imparcial debe ser siempre aquél antiguo adagio: Amicus Plato, tamen a nica veritas* (1). Véase, pues, de su propia voz y convencimiento como es permitido que cada médico teniendo una opinión diferente de la que suministra un documento de instrucción sanitaria á que me refié, la puede ventilar y sostener con la moderación que aparece de mi escrito. Pues que! no se pueden apreciar y producir las razones que preparan el convencimiento en objetos de salud pública? No es de la naturaleza de la ciencia el confiar la magnitud de sus doctrinas y principios al examen de opiniones opuestas? No de otra manera se depuran nuestras imperfecciones! así es como se despejan las nubes que ocultan tantas verdades! Si no se oyesen con benevolencia los dictámenes ajenos, seríamos espectadores indiferentes de tantos actos que nos presenta la maravillosa composición del mundo físico y moral; no frui-

(1) Disertación sobre La operacion de la encurismia, reimprimida en Buenos Aires, año de 1835, pág. 102.

quearíamos jamás los obstáculos que á cada paso nos detienen en el sendero de la inteligencia; no se explicarían muchos fenómenos, no se resolverían tantos problemas sino se profundizasen por medio del análisis y de la discusion todas las materias que tienen conexión con el hombre.....

¿Quien creería que hay mucho de amor propio en la impresión que le causó mi memoria sobre la escarlatina? El haber mirado algunas de las medidas sanitarias bajo un aspecto diferente, merecía acaso la inexorable clasificación de ataque? Se excita la animosidad de un médico porque en las consultaciones á que suele concurrir, manifieste alguno de los concurrentes los fundamentos de un juicio contrario á aquel que profesa el de cabezera, y en consonancia se deduzca otro diagnóstico y plan terapéutico? Pues si esta práctica diaria no importa otra cosa que la libertad razonable de poder cada profesor enunciar francamente su opinión en todas las reuniones á que somos convocados cuando el paciente ó sus deudos quieren aprovecharse del consejo de otros, ¿por qué razón en los intereses de salud pública ha de ser considerado de inferior condición un sincero esfuerzo de comparar y juzgar de los medios que la comisión aconsejó contra el desarrollo de la escarlatina? Si se puede desaprobar y combatir cualquier opinión, aunque se halle fortificada por las seducciones que en si encierran los más calificados sabios ¿con qué fundamento se ponen al nivel de las ofensas e injurias los conceptos que verifí en mi memoria? Singular contradicción, extravagante suplicio de las inconsecuencias de mi censor! Me complazco en repetirlo: aquel escrito oponía á las medidas de la comisión una censura comedida, pero no constituya ataque á los atributos, superioridad de luces ó preeminencia distinguida que tanto le place á mi censor conservarle.

Se vé por estas cortas reflexiones q' no es para aplaudir la actitud vengativa con que se presenta el Sr. Vilardebó en la introducción de sus observaciones, cuando sin rebazo descubre su flaco débil con ese aire de precision con que entra á vindicar esa supuesta ofensa. Apelo pues, á la lectura de mi memoria y al presente escrito como su apendi-

ce, porque creo que á la inteligencia de personas imparciales no se ha de ocultar, que, si mis opiniones fueron equivocadas, representaron al menos una buena intención. Por lo demás devolverémos á la ironía razones su fausto, dando expansión á nuestras opiniones que reputamos reforzadas por los rasgos personales con que ha querido vituperar nuestra obra, como se debe deducir de los puntos que vamos impugnando.

Entre las pruebas de injusta animosidad de que abunda la crítica de mi censor, miro como una de las mas sobresalientes la primera parte de sus *observaciones* á la memoria, á que dá el título de *análisis*, para poder herir los puntos de su predilección, considerándolos aislados del orden y sentido en que están colocados. Semejante conducta menos noble aun que el sacrificio que ha querido hacer de nuestra solicitud por el bien público, cuando se decidió á asegurar quo nuestro principal objeto era *desaprobar y combatir las indicaciones propuestas por la comision de H. P.*, no es menos que un abuso y un recurso apocado, visto que la inferioridad de nuestro escrito, *según él* no merecía que se dislocasen sus miembros, y se prescindiera de las reglas de un análisis para hallar motivos de ensayar sus grandes conocimientos. ¡Mejor empleára su tiempo empeñando la discusión sobre los medios de preaverse la población de la epidémia; pues era la cuestión de honor profesional que muy presente debiera tener, supuesto que se imaginó un *ataque* á los fundamentos que le sugerieron la idéa de dictarlos y subscribirlos en un documento público!

Siendo, pues, el análisis un resumen exacto y claro de todos los miembros de un discurso, en que se hace ver con toda precision y claridad la manera porque un autor ha tratado su objeto, que plan y orden ha seguido, como ha dispuesto todas sus partes, que relación guardan los objetos entre sí, que fin se ha propuesto, y los medios de que se ha servido; resulta en nuestro caso que el esqueleto que ha preparado de mi memoria tan hábil analítico, no es un examen de esa especie, porque ni ha epilogado todas sus partes con justicia é imparcialidad, ni se ha servido indicar las

dependencias de las cosas accesorias, á que se dirigió exclusivamente para entorpecer su verdadero sentido y criticarlas mas á salvo. En la precision consiguiente de tener que pagar un tanto de tributo á las agudezas de este género de análisis crítico, convido á mi censor á que oiga á su vez los preceptos de un sabio al determinar las reglas que debiera observar, supuesto que faltó á todas: *il faut principalement que l' analyse soit impartiale; et que le jugement du critique ne se ressente en aucun façon, ni des préjugés de l' amitié ou de la haine, ni des basesses de l' intérêt, ni des chagrins de la jalouse, ni des forfanteries de l' amour propre.* Contraviniendo estos preceptos, todo cuanto ha llamado la atención de mi censor no fué sin duda para dar una idea cabal de la estructura de mi opúsculo, del encadenamiento de mis ideas ó de mis observaciones relativamente á la naturaleza de la epidémia y al modo de combatirla; siendo los puntos mas interesantes de aquel escrito, sobre los cuales mi censor no tuvo la vocación de discurrir, y menos se propuso apreciarlos con aquel tacto fino que emanado de una inteligencia superior pudiera enseñarnos obedeciendo á la convicción de sus preceptos. ....

Al desempeñar el autor de las *observaciones* el encargo de analizar mi opúsculo, ignoro la causa porque ha dejado escapar algunos materiales mas dignos de ejercitar su vigorosa crítica y que eran del dominio de su análisis. *He dicho en mi memoria que la fiebre escarlatina se había manifestado conjunta con la viruela natural: he reproducido algunas observaciones contrariando la proposición de Hunter, relativa á que dos estímulos de una acción desigual no podían obrar á un tiempo sobre nuestra economía: he asegurado que la inología de la epidemia de escarlatina fué benigna en su principio: hablé de las mutaciones atmosféricas, del aspecto del tiempo cuando empezó la enfermedad, y de lo infundado que me parecía que la estación del año, según célebres autores, determinase el origen de la causa material de las enfermedades. Enuncié en el mismo escrito la observación de mostrarse mas benigna en los niños, si bien los adultos reunian condiciones morbificas que amagaban mas la existencia. Hice notar la incertidumbre de principios en hacer depender de causas locales*

el origen de la escarlatina; hice mención, en fin, del vuelo que había dado la epidemia desde Chile hasta aquí, dominando provincias enteras con perseverancia y dejando á otras intactas; destruyendo por estos actos de su marcha incierta el juego de máximas recibidas, si pretendemos coordinar idéas en presencia de hechos que no se identifican con los medios de propagación del contagio. Ninguno de estos puntos ha picado, sin embargo, la curiosidad de mi censor para analizarlos ó refutarlos.

En la defensa que vamos haciendo no hemos de incurrir en ese espíritu de monopolio que acabamos de notar á nuestro contrario: un examen puntual de sus observaciones críticas responderá de nuestro modo de considerarlas, ya plegándonos á la diferencia que impone el convencimiento, ya invocando la superioridad de los maestros del arte para atraer sobre nuestros conceptos el sentimiento de su aprobación.

No debiera obstinarse mi censor en desconocer que mi memoria no es ni una monografía sobre la escarlatina, ni una historia completa de la epidemia que nos ocupa, si menos susceptible al sentimiento que le domina, pesara en su propio valor el encabezamiento de aquella producción. Efectivamente, aquel opúsculo consagrado únicamente á dar cuenta de mis observaciones particulares no era censurable en el punto de vista que pretende presentarlo mi censor, y todas las perfecciones de que podía estar adornado demandaban elementos que yo no podía alcanzar ni los había en el país, ademas de pertenecer á otro género de composición á que no me consideraba por ningún título obligado: es por consecuencia de mi deber llamar la atención del lector sobre las primeras líneas de aquel opúsculo, para q' se evaporen en un instante los resortes que se propuso tocar mi censor al querer imponerme el deber de hacer una circunstanciada relación de cuanto han podido ver y observar los demás médicos.

Después de lo que transcribí á páginas 2 de este escrito, solo la falta de simpatía, siempre intolerante y desfavorable á los compañeros, podría transformar en crítica el que yo no hiciera mención de las particularidades que se

apuntan, cuando no las encontré en mi práctica. No obstante, prescindiendo del sentido que arroja el primer periodo supracitado, que debiera ser en todo caso nuestra defensa y la custodia de aquella producción, yo quisiera que se me dijese si esa escarlatina militar, que dice el censor que encontrará así parcial como general, conduce á algún diagnóstico ó plan terapéutico diverso de aquel que corresponde á la fiebre escarlatina normal que describí en mi memoria? La sagacidad de mi censor ha de permitir que le observe que esas ampollas ó fistulas, no significan otra cosa sino la mayor exaltación de la erupción, ó en otros términos, un grado mayor de eritema; que no constituye síntoma diverso que pueda hacer variar el origen y principio de la escarlatina, á no ser que quiera inculcarse sectario tan decidido por las clasificaciones de las enfermedades en familias, géneros, especies y clases, como los Botánicos con las plantas, como Sauvages con su inmenso cuadro nosológico, ó como Albert; lo que de cierto le franquearía porción de signos accesorios que deberían merecerle igualmente una nomenclatura muy particular. A esta observación puedo ser que se me conteste que soy un poco audaz en tildar la fama postuma del célebre profesor de Monpellier, y la sublimidad elocuente del médico de París en la clasificación y denominaciones verdaderamente ingeniosas que ha aplicado á nuestras enfermedades en su Nosología natural. Pero como esos síntomas de clasificación adolecen como todos de similitudes forzadas, no puede concederse que puedan lograr los médicos los sucesos que han alcanzado los naturalistas.

En la línea pues, que ha creido colocarme el censor insinuando que debía hacer una clasificación completa de todas las variedades de la fiebre escarlatina, considero de ningun efecto el sentido que quiso hallar en ese citado aforismo de Stoll—*quo tempore inter juniores febris scarlatinosa grassetur, inter adultos sepe sola angina compareat*; para sentar que ha tenido frecuentes ocasiones de observar en los adultos en el curso de esta epidemia la escarlatina sin exantema (2);

(2) Pag. 4 de las observaciones.

que equivale á decir que las anginas que aparecian durante la escarlatina eran escarlatina igualmente. De modo que aunque falté el color de purpura en la piel que es el signo que distingue esta enfermedad de las otras, eso era indiferente para darle ese nombre. En una clasificacion tan forzada, perdoname la sabiduría del censor, no descubro ni siquiera los harapos de la Semiotica ó fenomenología médica; parte interesantísima de la Patología que nos enseña á conocer los signos de las enfermedades, estudio elemental de que ninguno puede prescindir para bien distinguirlas. Por el sentido pues, del afánismo, yo tendría á menos apoyarme de él para persuadir á nadie la aplicacion que le dí el Sr. Vilardébo.

Es cierto que entre las enfermedades intercurrentes han aparecido anginas inflamatorias durante la epidemia de fiebre escarlatina; mas nunca les distingo otros síntomas que los muy comunes á la inflamación de garganta, acompañada de fiebre mucho menos intensa que aquella que caracteriza las fiebres exantématicas, y es de aqui que puede no convenirle una denominacion que no guarda consonancia con el carácter distintivo de la escarlatina, es decir, *el color escarlata de la piel*.

Tengo entendido que mi censor pudiendo apenas sufrir que yo relatara en mi memoria como debia, sola y únicamente lo que había encontrado en los enfermos que tuve que asistir, halló por conveniente agregar á la crítica ese ropaje de palabras altisonantes, esas superfluidades teóricas, esa apeplación á las variedades que el ha querido encontrar en su clínica. Segun él la escarlatina miliar *fletiforme* dea limitada á ciertas regiones del cuerpo ó ocupando su totalidad, ¿no podría ser mas bien el *pemphagus* ó calentura vexigosa de ciertos autores? No podría ser un exantema miliar, enfermedad igualmente febril en que salen vexigüillas por el cutis como granos de mijo? A todas estas conjeturas dí lugar lo que afirma nuestro censor tan amante de las variedades para hacer ostentacion de la singularidad de su noviciado clínico. Sabemos que algunos autores distinguen do la escarlatina normal, que ofrece una forma plana y lisa,

las variedades minuciosas en que puede degenerar, mas no damos mucha importancia á tales distinciones porque no son de grande utilidad en la práctica: por eso no he comprendido en la memoria mas que la variedad benigna y la maligna, para evitar de tener de tratar de esos ejemplos raros que niega Cullen, y que otros han visto, sin embargo, que se registran en algunos cuadros nosológicos la especie *ortigaria ó escrrosa, la pruriginosa de Sydenhan, la variolosa &c;* pero si se me concede que son casos rarísimos le podemos aplicar el adagio: *rara non sunt artis*.

La escarlatina anginosa epidémica que hemos tenido á la vista por espacio de diez meses ha manifestado sin excepcion alguna, el signo característico del exantema en todos los individuos de un color claro, y si se apoderaba de los africanos, en quienes ese distintivo parecia eclipsarse, acontecia sin embargo, que un calor estremado en la piel, una fiebre vivissima, la tumefaccion de la cara y de las manos, ademas de la angina, dejaban apenas duda sobre su naturaleza escarlatina; pero, el fenómeno mas evidente de su carácter no escapaba al médico práctico, si á los enfermos de color acometidos de los prodromos de la epidemia, sobrevenia la descamación de la cutis á la cesacion de la fiebre, para proceder por este motivo á la prescripción de las reglas higiénicas que previenen la recaida.

Mucho empeño ha mostrado mi censor en dilatar á lo infinito sus *observaciones* infundadas, segun los esfuerzos que aparecen en pretender presentar bajo un punto de vista nuevo, un fenómeno harto comun en las enfermedades eruptivas; cual es el de que puedan volver á contraher el contagio de la escarlatina, personas que ya la habian pasado. Es punto averiguado que esta así como otras enfermedades exantématicas, no suelen acometer mas de una vez la especie humana; mas si se procede de buena fé á examinar esta cuestión se sabe, que para que un individuo se considere preservado de un segundo ataque del principio contagioso seria necesario que llegáramos á descubrir un instrumento capaz de medir las proporciones de la disposicion individual y de las infinitas modificaciones que experimenta

una misma enfermedad en cada sujeto, para que se pudiera determinar hasta que grado puede ceñir la disposicion á ser atacado del mismo contagio por mas que se esponga á su accion. Por otra parte, las erupciones *seudo escarlatinasas* que ha visto el Sr. Vilardelbó, aunque pareciendo procedentes del mismo principio contagioso, pueden dar margen á varias objeciones sobre su carácter: concedamos, no obstante, que lo fueran evidentemente para preguntarle si esas modificaciones del contagio debian aniquilar del todo la disposicion que cada uno tiene de recibirlo mas de una vez? Sin aguardar la solucion del problema, podemos aventurar esta reflexion. Si la disposicion á ser contagiado no es igual en todos, lo que es innegable si miramos á la historia de la naturaleza de los contagios, sigue del mismo modo, que ni todos pueden juzgarse preservados por haber sufrido amagos de la epidemia; pues se debe racionalmente conceder que una erupcion *bastarda*, aunque sea escarlatinosa, no es suficiente para extinguir del todo la facultad de percibir las impresiones del gérmen contagioso, máxime cuando reinan epidemias muy activas. Ademas la analogia de las enfermedades exantemáticas deja suponer que la escarlatina, como la viruela natural, no libra de un otro ataque sino cuando la primera afecion fué rigurosa. El Dr. Gregory, al hacer la historia de una grande epidemia de viruelas en Londres por el año de 1823, asegurando que muchissimas personas bien vacunadas, y otras que ya habian sufrido la viruela normal benigna volvieron á ser afectadas, nos ofrece de todo lo dicho una prueba sin refugio.

Dudo que se pueda hacer una comparacion mas adecuada para caracterizar este fenómeno de la reaparicion de la escarlatina en el propio individuo, y sino referí en mi memoria esta posibilidad que se halla en la esfera de una facultad mas activa de la epidemia, fué porque no encontre en mis enfermos caso alguno de su existencia incontestable hasta mediados del mes de Mayo ppdo. en tres personas del sexo femenino, casualmente las mismas que habian pasado por un ligero indicio de escarlatina muy al

principio de la epidemia: una de las personas á que me refiero habia experimentado su primero insulto en el mes de Setiembre del año anterior; la otra por el mes de Diciembre idem; la tercera á principios de Enero del año que gira: mi memoria habia ido á la imprenta dos meses antes. Mas ningun ejemplo de repetition de escarlatina anginosa se ha presentado á mi observacion, pues las enfermas que acabo de designar apenas tuvieron fiebre, la erupcion se mostró muy fugaz y no les advertí descamacion del cutis.

Por este órden de indagaciones se convencerá cualquiera que arriesga poco ó nada mi censor en la manera de hacer sus reparos, supuesto que deja tantos vacíos; no determinando bien claramente estas alternativas, para que le pudiéramos retribuir; pues reproduce variedades de la escarlatina que dice haber encontrado en su práctica sin explicar debidamente esas singularidades que nos sacarian de dudas relativamente á hechos que se les quiere imponer una vez nueva sin mercerlo. Podemos esperar sin embargo quo llegará á desplegar con todas sus ventajas, los frutos de que se alimenta su critica, cuando cumpla ese compromiso anunciado en sus observaciones á páginas 5 y 6, de lo que me debo regocijar, si mis imperfecciones han excitado que sean miradas con interes las *exigencias del arte y de la humanidad*; con tanto que no hayamos de lamentar en secreto (3) las exageraciones que padecen ciertos escritores que elevándose á la cumbre de lo fantástico no descubren desde allí los precipicios que les prepara la parte experimental de la ciencia.

Volviendo de esta digresion á buscar el hilo de las observaciones se muestra que jumbroso el censor del poco ó ningun interes que [según él] me ha merecido las variedades atáxica y adinámica de la escarlatina anormal. No es diestra por cierto esta critica, primero porque no admite por variedad de la fiebre escarlatina, la transicion del estado inflamatorio al

[3] La espacie de esgrima que por determinada direccion se estableció contra el objeto de mi memoria sobre la escarlatina, impone un silencio fatal sobre todos los asuntos médicos.

do adinamia ó ataxia; segundo, porque á la página 9 de mi memoria dije mui terminantemente, que podia acontecer q' se complicase la escarlatina con la adinamia desde el segundo ó tercero dia; tercero, porque no habiendo yo encontrado en mi práctica esa fiebre malsgna ó atáxica, que segun los mejores autores depende del sistema nervioso primativa ó secundariamente, que segun Pinel, su asiento se manifiesta constantemente en la cavidad encefálica, con todas las apariencias de compresion en el origen de los nervios; que segun otros prácticos, la fiebre atáxica no es mas que un síntoma de las flagmásias encefálicas, pocas veces de las torácicas y menos aun de las abdominales; no debía considerala en el cuadro de una fiebre inflamatoria idíopatica que me propuse tratar. Por la misma raz n no me detuve mas con respecto á los caracteres de la adinamia, por ser ordinariamente una fiebre esporádica, algunas veces endémica de lugares mal sanos. He querido sin embargo mentirla, porque despues de la impresion profunda que puede imprimir á las fuerzas vitales un estado inflamatorio muy agudo, puede sobrevenir una disminucion tal de la sensibilidad y contrariedad, que arrastre ese *collapsus*, ó ausencia de la energia vital, que se advierte en casos bien raros á la verdad, como aquel de 19 de Abril ppdo., que en consulta con mi censor tuve de observar sin que fuera enfermo mio. Yo me acuerdo de haber atendido á casos muy fuertes de escarlatina, presentando los enfermos ulceraciones gangrenosas en la boca posterior, detrás, agitacion estrema, sed insaciable, insomnio y otros síntomas muy graves, que salvaron bien sin la necesidad de ocurrir á la unidad del tratamiento tónico y estimulante, que algunos prácticos emplean facilmente, desentendiéndose de su carácter altamente inflamatorio, y de ese principio contagioso que ha determinado una fiebre peculiar y la irritacion general sobre el sistema capilar cutaneo y sobre las membranas mucosas, que produce en el curso de la enfermedad una reaccion muy grande en el sistema de las fuerzas.

Si quisiera alegar datos contra la variedad adinámica que se pondera (se entiende esencial q' es el sentido en

que debo tomar el reparo) no faltarían medios de negarla, pues puede tener tanto de exacto cuanto soa el fundamento de principios que profesa el Dr. Vilárdebo. Al frente de los méjicos distinguidos que combaten la existencia de las fiebres adinámicas esenciales podia presentarle el insigne Stoll, sin necesidad de ampararme de quanto ha escrito sobre el particular en nuestros dias el famoso *Broussais*.

Para cohonestar los mal fundados reparos nos veriamos en el caso de interpelar á los inteligentes sobre cuanto vamos contestando, supuesto q' es materia privativa de los médicos, la singularísima observacion que se me hace relativamente á no haber yo mencionado en mi escrito la escarlatina de las recien paridas. ¿Qué significará este reparo á los ojos de un profesor desapasionado? el tono del entusiasmo, la mas obstinada prevención pueden apenas resolverse á hacerme de semejantes fruslerías un motivo de sátira, porque á una fantasia que se apodera de iguales medios para hacer brillar el caudal de lucés, no hay como escaparle. Si hubieramos de satisfacer á esa exigencia, llegaríamos á punto de tener que particularizar cuantos enfermos hemos atendido de escarlatina, en razon de q' el amigo de las individualidades, solamente así quedaría satisfecho de nuestro trabajo. Segun esta regla llamaríamos escarlatina física, cuando ésta atacase á un físico; escarlatina paralítica si á un enfermo de esta especie le acometiese la epidemia; pues tanto importa pretender que llamemos escarlatina puerperal á la que ataca á las recien paridas, porque es una escarlatina de otra especie como lo significa el censor; ó por igual inducción tendríamos que ir franqueando denominaciones péculiares á cada síntoma de alguna gravedad que se fuese presentando, como por ejemplo, escarlatina ótica, si venia con inflamacion del órgano auditivo, escarlatina glosística, cuando sobreviniese la tumefacion inflamatoria de la lengua, y así sucesivamente. Lo restante del periodo en que se queja de que casi ninguna de las recien paridas ha dejado de ser víctima, eso no me atañe, siendo lamentable q' en los primeros años de su esclarecida práctica se le agolpasen tantos casos graves de q' po-

drá dar cuenta en la historia de que se está ocupando como miembro de la J. de H. P. Pero á propósito de tener que suministrar hechos bien verificados ha de resignarse á que le pongamos por delante el precepto de Bacon de Verulam:

*Neque enim fingendum aut excogitandum, sed inventendum,  
quid natura faciat aut ferat.*

La insuficiencia de los reparos que al traves de su superioridad nos viene haciendo el censor, patentizan la tendencia á desvirtuar el mérito de mi opúsculo, no á vencerlo en la palestra de la discusion; hablando pues, de la hidropesia consecutiva á la escarlatina, arguye con énfasis que casi nada he dicho de las pleuresias agudas ó latentes con hidroterax ó sin él, y nada absolutamente de la ascitis como fenómeno consecutivo [pag. 6.] Eh bien, yo traté de la *leucoflegmasia* general que encontré en mis enfermos, y como en ese estado de infiltracion de serosidad es dable la existencia de hidropesias parciales en el vientre, pecho ó otras cavidades; ese estado queda subordinado á la causa que lo ha promovido, para deducirse de las circunstancias mas ó menos graves las indicaciones que hay que llenar con respecto á la hidropesia general ó anasarca, ó á la parcial como hidrotorax, ascites &c. Ahora pues, estas hidropesias sean generales, sean parciales, no deben en su clase de irritativas, hacer cambiar las indicaciones sino cuanto á sus accidentes mas ó menos graves, sujetándose igualmente á estas el pronóstico—;Quien lo creyera! un médico me hace cargos por haber comprendido bajo el título genérico de leucoflegmasia general, esos *epigenomos* que sobrevienen en el curso de la misma afecion dominante, sin mudar por eso su carácter ni su tratamiento, adoptando la clasificacion fundada que he hecho de la anasarca superviniente á la escarlatina. Conseguente á estos principios yo haria estensivas á las tales hidropesias parciales, las mismas ideas que aducí en mi memoria, porque me persuado que no puede haber género de lesión en la cual se deba atender tanto á destruir la causa

general que la produjo como á la leucoflegmasia sintomática, en cuya linea contemplo esta. Alla en las edades remotas se encuentran en los libros vestigios de que se consideraban las hidropesias como el resultado de alguna causa general, sobre lo cual tambien Horacio se esplicó muy terminantemente en este pasaje de la oda 2.<sup>a</sup>, libro 2.<sup>o</sup>

*Crescit indulgens sibi durus hydrops  
Nec sitim pellit, nisi causa morbi  
Fugerit venis, et aquosus albo  
Corpore languor.*

Si hé llamado la atencion de los médicos de Montevideo sobre el origen donde partian los accidentes de la anasarca y de la suspension de la orina, no fué sin justicia, porque vi verificada en mi practica esa distincion de hidropesia activa que algunos niegan, y que efectivamente hé combatido con el mejor éxito con los medios antiflogísticos; si bien otros profesores no consideran la una sino como una enfermedad acompañada de debilidad en diversos sistemas le han opuesto el tratamiento tónico y excitante. Reputo por consecuencia á estas hidropesias á que se refiere mi censor, un efecto del poco cuidado que se tiene en la convalecencia, las mas veces proveniente de una súbita impresion del aire frio, ofensivo al órgano cutaneo sumamente excitado de resultas del trabajo inflamatorio porque ha pasado durante la fiebre escarlatina, á mas de la doble impresion que debe producir en los órganos subcutáneos la privacion del *epidermis*, que es en nuestra habitud exterior una especie de capa inorgánica que los defiende de todas las ofensas externas.

Admitidas dos causas de las hidropesias, la una activa por efecto de la accion de alguna irritacion viva, la otra pasiva en consecuencia de atonia nativa ó adquirida, nada es mas facil que establecer el tratamiento médico que á cada una conviene, siendo esta la ventaja que se me ha proporcionado en varios casos, por haber mirado á las hidropesias consiguientes á la escarlatina como un accidente cuya causa era inflamatoria. Así pues, que la colección serosa, pu-

ra, o mezcla de otros líquidos, se manifestaría en una *en-vidal serosa*, en el tejido celular, ó en el *parenchima* de un órgano cualquiera, no dejaba de ser hidropsia consecutiva ó sintomática, ni exigía á mi juicio, otro plan terapéutico, excepto la importancia limitada de remedios auxiliares, locales y accesorios al tratamiento antiflogístico mencionado.

Se deduce ademas de mi memoria que no tuve diseño de tratar mas que de la anasarca ó hidropsia que sigue á la escarlatina; pero por los antecedentes que ha suscitado esta réplica, no hallo embarazo de admitir que otros profesores hubiesen notado la hidropsia ascitis ó hidrotorax, porque cualquiera de ellas está en relación de la causa general que la promovió, y no altera en nada el concepto q' de todas he formado. Pero la pleuresia aguda ó latente que mi censor clasifica, nos deja suponer muy impropia la denominación, pues si es *pleuritis* propiamente dicha [4], entonces no podia ser latente, porque se anuncia por el dolor que se aumenta en la inspiración, por los esgarros sanguinolentos, por un pulso frecuente lleno y duro, decubito difícil del lado opuesto y otros síntomas. No sé si se ofenderá mi censor por haberle recordado esta equivocacion sopresto de darme lecciones, y si me tolerará que le diga con Condillac [5]— *Nos recherches sont quelquefois d'autant plus difficiles, que leur objet est plus simple.*

Para condonar las argucias con que se hecha á criticar el Sr. Vilardébó, era innecesario acumular datos porque á cada periodo los suministra en abundancia. Pretendo el que yo debia relacionar cuantas variedades individuales podia acarrear la fiebre escarlatina, entre las cuales especifica la supuración del conducto auditivo, las hemorragias, furunculos, abscesos, sudores, &c., como si fuesen fenómenos primordiales de la epidemia, ó caracteristicos de algu-

[4] 7.<sup>o</sup> género de la quinta familia de la Nosología natural de Albert, (la de *pneumoses*.)

[5] Ess. sur l'origine des conn. hum.

na especie nueva de escarlatina; no siendo por decontado otra cosa que *episphenomenos*, que suelen sobrevenir en el curso de la enfermedad, pero que no son constantes, ni su aparición determina un carácter diferente; por manera que si hubieramos de apreciar en su valor el empeño que el censor demuestra en persuadir que hemos violado las reglas, resultaría, que á imitacion de lo que nos inculca sobre este punto, convendria que refirieramos todas las circunstancias posibles de la escarlatina anginosa en cada persona, para que de cada uno de los fenómenos accesorios, que son innumerables, dedujéramos una variedad allá á su modo, no obstante, hallarse representada toda la comitiva de síntomas caracteristicos de la fiebre que nos ocupa en mi memoria desde páginas 7 á 8. No conocemos la utilidad que puede reportar la ciencia con ese nuevo método de clasificar las enfermedades, y como no es muy corriente el hacerlo mediante los episphenomenos de que se ocupó mi censor, seguirímos la ruta de los mejores nosógrafos mientras no se nos convenza que debemos retrogradar.

Me ha llamado igualmente la atención la poca solidez con que se permite observarme respecto á erisipelas y reumatismos de las articulaciones, por la obscuridad que arroja el sentido en que coloca estas afecciones: solo con mejor explanacion convendria contestarle, pues cuanto á la primera ignoro si la ha encontrado muy á menudo y si era idiopática ó sintomática y en que época se presentó en los enfermos de escarlatina; y cuanto á los dolores articulares, le confesamos que los hemos observado casi siempre despues de terminada la fiebre, así en lo riguroso del verano como en el corazón del invierno; que estos acompañan usualmente á los convalecientes por dos y tres meses, en particular á los que sufrieron intensamente la plenipotencia de una fiebre aguda y prolongada; á lo que parece aludir Hipocrates en aquel aforismo: *Quibus febres longè his tuberculos ad articulos aut dolores fiant.* [6]

(6) Lib. 4, sect. 24.



La suspicacia de mi censor no ha omitido distribuirme cargos sin cuenta, agregando á los que dejó contestados aquel de que yo estaba obligado á tratar de las enfermedades intercurrentes, citando entre estas la fiebre cerebral idiopática que el vió en los fuertes calores del verano. Si no apreciaríamos en algo el no dejar incontestada ninguna de las observaciones que nos ha dirigido por la prensa un médico, rehusarímos llenar papel con réplicas á una interpelación tan dislocada. Fijándose cualquiera en la materialidad de este cargo contestaría ¿ í estaba yo en el deber de relatar cosa alguna que tuviese relación con los casos que yo no he visto? Harto violento es para mí, volver á repetir que mi memoria no representaba otra cosa que el fruto de mis observaciones particulares con respecto á la escarlatina únicamente, por cuanto no poseía elementos para una historia completa; siendo por otra parte evidente y notorio que el Sr. Vilardebó estaba en la condición de responder á ese deber por el noble motivo de mayor suficiencia y de nombramiento especial, tanto para la confección de tablas meteorológicas, como de trabajos de estadística médica como miembro de la J. de H. P.; servicio que podía rendir al Estado anticipando á mi opúsculo una descripción meteoropatológica de la época epidémica, quizá la más grave y seria para el arte que profesamos.....

Tocante á la influencia catarral que empiezó á dominar con los fríos inesperados al principio de Mayo pasado, eso deriva de que la injusta censura se ampara de cualquier pelillo venga ó no venga á propósito, pues que yo había afirmado en mi memoria que la escarlatina no respetaba estación alguna del año, y esa cosa averiguada que cada coyuntura estacional imprime su influencia relativa no tan solo á las enfermedades dominantes, como á todo ser vivo circunscrito á depender de las irresistibles leyes de la naturaleza en el globo que habitamos

Hasta aquí he exhibido las pruebas que acreditan los esfugios y la sin razón de las observaciones críticas que arrojó al público el Sr. Vilardebó en el primer trozo de sus desahogos.

## SEGUNDA PARTE.

En la hipótesis no justificada de que nuestras reflexiones tocante á las medidas sanitarias acorujadas por la Comisión Facultativa contra el desarrollo de la escarlatina, no eran atendibles por infundadas ó agenes de los principios de la ciencia, nada mas equitativo y natural que algunos de los profesores pertenecientes á esa corporación se propusiesen tributar á aquellos objetos las consideraciones y argumentos capaces de robustecer las mismas medidas; porque eso no importaba otra cosa que un medio honesto de aclarar la verdad á la par de abrir un ejemplo en el país de que se pueden sujetar á un razonable análisis las providencias tendentes á la salud de los hombres. Bastante lejos de esta línea de conducta señalada al que profesa buenos sentimientos, nuestra memoria en lugar de dar mérito á la discusión de los principios recibidos, ha conmovido los ánimos, transformándose en ataque la parte de ella en que nos propusimos examinar sin acrimonia la confianza que podía inspirar la recomendación de preservativos que no debíamos reconocer por tales.

Fuera necesario repetir lo que aduje en aquel escrito relativamente al uso de la tintura de belladonna, [lo que no es dable por la extensión que daríamos á la impugnación presente] para poner en claro que allí no trasluce elemento alguno de ofensa, que supone el Sr. Vilardebó que hize á la Comisión, prestándose á publicar de que ésta se stiente profundamente vulnerada en el respeto que se merece. Una aserción tan gratuita me prescribe el deber de reprocharle que está fascinado, que no debiera desconocer la libertad que tiene un médico para emitir sus opiniones profesionales, y que su misma conducta el año anterior con los Dres. Morisson y Montesdeoca de Buenos Aires arguye poderosamente contra ese pretesto á que ha querido asirse advertidamente.

Muy fuera de propósito, se ha dicho pues, que se vulneró el respeto de la Comisión á que pertenece mi Censor; yo no he abordado ese respeto que se merece por haber dicho en mi opúsculo que para que la tintura de belladonna fuera ad-

mitida como preservativo capaz de poner al abrigo del contagio las personas que de él hubiesen de usar, debieran precederle, no observaciones aisladas ni experiencias accidentales, sino hechos mil veces tentados en medio de estas funestas calamidades: no se debió proclamar como injuria el que yo hubiese dicho que para merecer la aprobación de los prácticos era indispensable apreciar desapasionadamente esa calidad singular de la belladona antes de indicar como evidente esa preciosa virtud preservativa que se le quiere atribuir: no creemos tampoco haber dado muestra de ataque á la Comisión por haber entrado á discutir los efectos de esta planta en nuestra economía, comparando con los síntomas generales que ofrece al observador la enfermedad que se pretende evitar, las aseguradas similitudes, que ni la razón ni la correspondencia hallan cierta en sus resultados. Así lo hemos pensado, añadiendo ahora que no abjuramos las mismas idéas; ni pueden humillarnos las observaciones solísticas con que pensó corregir el Censor nuestra buena intención, dando al asunto de la homeopatía una extensión que no arroja mas luz para convencernos de la facultad que puede poseer la belladona de producir el color escarlata análogó al de la escarlatina, mirando el fenómeno del encendimiento de la piel como una prueba inequívoca de su acción preservativa, lo que es una quimera, y se padecerán grandes equivocaciones si por un accidente tan fácil de obtener por otros medios mas sencillos y de menores riesgo se viniese en conceder un beneficio de esa magnitud.

No desconocemos los efectos deletérios de toda ó casi toda la familia natural de los Solanaceos, de quienes el sombrío verdor y su mal olor dán á conocer las propiedades menos equívocas; ni somos tan tímidos que nos opongamos á su uso medicinal porque gozan de propiedades energicas, de lo cual dimos una idea en la nota de página 13 de nuestra memoria. Pero hemos practicado y leido lo bastante para tocar desengaños que mandan disfavor á los encómios que se prodigan á su eficacia en determinados males, siendo ese uno de los motivos porque ni quisimos ensayar el uso de la belladona contra la epidemia de que nos oca-

pamos, ni nos resignamos á guardar un silencio vituperable n asunto de tamaña trascendencia. Desde páginas 7 á 13 procuró el Sr. Vilardelbo vertir en su crítica todas las laces de los escritores tocante á la defensa de su ensayo y prescripción de la belladona como específico contra la escarlatina pensando suplantarme con ellas. Mas aun después de concederse la exactitud de las pruebas alegadas no exentas de vicios, ¿cómo podrían resolverse una porción de cuestiones de la mayor consideración si se provoca el examen de fenómenos propios de la escarlatina, de su carácter transmisible, del tiempo necesario á la incubación, de la disposición individual á contraer ó no contraer la enfermedad, de la esfera de actividad que puede ejercer en cada persona y de las infinitas combinaciones á que se puede prestar la materia morbifica para penetrar con mas ó menos energía en la economía animal? Cómo podrá determinarse el tiempo necesario para destruir la disposición al contagio de la escarlatina por medio de la belladona? Y no podrá acontecer que en esos cálculos que le dán un viso favorable no se hiciese caso de porción de individuos que hubiesen recibido de la naturaleza la prerrogativa de poder vivir inmunes en medio de los enfermos de escarlatina? Cuántos y cuántos han sido preservados de ella en Montevideo sin haber oido los vapores del cloruro, ni bebido las gotas del específico? No pocas familias pueden atestiguar que temiendo dentro de la misma casa mas de veinte personas, y habiendo una de estas sufrido la epidemia, no se contaron las demás, sin que mediasen precauciones fumigatorias, sin que bebiesen de las gotas, y lo que es mas, sin que se pusiese en secuestro al paciente . . . . .

Otros datos hay que oponer á esa confianza para contestar á la admisión de un preservativo que puede alucinar cuando se le prodigan elogios en copia de citas respaldables. [7] El Dr. Koreff, profesor de la Universidad de Berlín y consejero del Rey de Prusia en su correspondencia

[7] No dirémos por eso que es crudicio impertinente.

literaria con Laennec en el año 1824, presentando la verdadera fisionomía de este descubrimiento, después de alegar las pruebas hechas en Alemania, Suiza, Tirol, Polonia, y en todo el Norte en general, se expresa con este candor digno de un sabio: *Nous savons positivement que ce remède n'est pas la disposition à la scarlatine pour toujours, puis qu'il faut recourir à son usage à chaque nouvelle épidémie.*

Vean tambien como se pronuncia á tal respecto el Dr. Jourdan á páginas 256 del primer volumen de su Farmacopea Universal, edición de 1828: [8] *La propriété attribuée à la belladone, de préserver de la scarlatine, es loin de pouvoir être considérée comme réelle.*

Entretanto contrayéndonos mas á la cuestión en general sobre específicos, punto quo toca nuestro Censor para decidirse por la adopción de la belladona, y á cuyo objeto pone en parangón el descubrimiento de la vacuna quo preserva de la viruela natural ignorándose la razon de este fenómeno; no cesaremos de advertirle que estamos muy distantes de admitir la exactitud absoluta del efecto preservativo de ese secreto robado á la naturaleza. Algun tiempo despues de abrazado con entusiasmo, los hechos han contrabalanceado los cálculos sobre la seguridad beneficiente de la vacuna; pero lo que es debido á la filantropía de Jenner, no se debe contrapesar con la tentativa procedosa del Hahnemann; la una fundada en el feliz acaso de circunstancias puramente experimentales ha conquistado un sentimiento universal: la otra estrechada entre las imágenes de una teoría prodiga fallece delante de los obstáculos que plugo á la naturaleza oponerle, y obedecerá sin falta á la suerte de la mayor parte de los medicamentos anunciados con ese título: sea por disposicion particular de los sujetos en quienes han sido ensayados, ó por alguna otra circunstancia ignorada los específicos ofrecen la mayor variedad en los resultados. [9] Manifestemos sobre este

(1) Halló conveniente advertir que no son mas modernas las citas del Sr. Vilardebò.

(9) Aunque no hayan visto la luz los resultados de los ensa-

objeto la opinion de una gran autoridad médica, cuando habla de la infinitud de circunstancias igualmente difíciles á determinar y prevenir la energía de los medicamentos activos, y la dosis en que deben ser propinados para obtener los efectos que se propone el práctico. *Le même remède, dans les mêmes maladies, employé avec les mêmes précautions, à la même dose, fait du bien à un malade, devient inutile à un autre et souvent nuis à un troisième.* [10] Cuando pues se estudia la acción terapéutica de los remedios llamados impropriamente específicos ó preservativos, no hay nada de mas saliente contra su adopción en ese sentido que la diversidad de disposiciones individuales, y de ahí arrancan los *sucesos siempre eventuales de la terapéutica.* [11] El mas simple raciocinio dice con justicia Naquart, nos demuestra que para prevenir las enfermedades, ó en otros términos, para marchar delante de cualquier desarreglo del organismo, sería necesario conocer las condiciones de sus funciones de un modo tan positivo y tan seguro, quo se pudiese establecer *a priori* que relaciones son estrictamente necesarias para el ejercicio de esas funciones, á fin de que el arte pudiese conservar siempre este equilibrio tan frágil, cuya existencia absoluta es la salud perfecta, ó cuando menos deberian ser tan ciertos nuestros medios de apreciacion, que la ciencia pudiese enderezar la menor aberración. A donde nos conduciría este modo de raciocinar sobre las virtudes atribuidas á los medicamentos específicos llevándolo hasta las últimas consecuencias? Podriase afirmar que en la materia médica no existe substancia á que se le pueda conceder una virtud intrínseca....tal es la consecuencia rigurosa de los hechos de toda especie, porque á ningun medicamento se debe ligar la idea de una acción invariable. Hágamos el honor de citar el ópico, que de preferencia nos pone el Censor á páginas 12 de su crítica

*yos, sabemos que el contagio y la muerte no ha respetado el antídoto de las gatas.*

(10) Fred. Hoffman.

(11) Barbier d'Amiens, matière médicale.

como el narcótico por excelencia, y al cual se le atribuye la propiedad sedativa. Si se consulta á ese respecto la fisiología experimental la divergencia de los resultados no es menos frecuente. *Flourens* asegura que su acción se dirige á los glóbulos cerebrales, y *Orfila* al contrario parece deducir de varias experiencias que obra sobre el prolongamiento raquídico, casi del mismo modo que la nuez vómica. Mas la disidencia no está limitada á esto solamente, pues no hay órgano importante, el corazón, los pulmones, el estómago, &c., que no sientan sus efectos: *Sydenham* declaró, que si fuese necesario renunciar á su uso, abandonaría el ejercicio de la medicina; *Brown*, no cesó de protestar contra la propiedad sedativa atribuida á esta substancia: *Carthez*, eludió la dificultad suponiendo en ella dos propiedades, la una calmante, la otra excitante, residiendo ambas en sus principios materiales diferentes. A esta teoría ha sucedido el resultado del análisis químico, que establece que su virtud sedativa proviene de la *morphina*, la que en cierta dosis y en determinadas circunstancias adquiere una propiedad evidentemente excitante: de lo que se sigue muy naturalmente que la misma sustancia está sujeta á mudar de acción como todos los otros agentes de la materia médica. [12] Y si hiciéramos aplicación de este modo de estudiar la acción del mercurio, del tártaro emético, de la belladona, de la quina, y de otra multitud de medicamentos á que se atribuyen virtudes especiales, vendríamos á sacar iguales consecuencias.

Ciertamente que no es posible ni probable adquirir nociones exactas tocante al efecto preservativo de la belladona contra la escarlatina, no tan solo por desconocer en este solanaceo esa calidad, como tambien por la insuficiencia de los medios que posee la medicina para juzgar del tiempo y condiciones de la incubación de esos medios *efluvios*, *muásma*, *emanaciones*, que se suponen causa material de la escarlatina, como de otras enfermedades trans-

(12) He tomado estos corolarios de las reflexiones del doctor Vacquié sobre los específicos.

misibles. Entra despues mi Censor á informar al público de otras medidas, que llama *preventivas*, aconsejadas por la Comision, y procura sostenerlas por la práctica de otras naciones, considerando como el prototipo de las que había adoptado para Montevideo las que se registran en la instrucción popular del Consejo de salud pública de *Paris* durante la epidémia del cólera-morbus. Los motivos que haya tenido para tan largo preámbulo no los alcanzo, porque no se trata de justificar el reparo de mas interés en mi memoria, y á cuyo objeto debiera desplegar todos las gracias de su retórica. Me refiero á la cuestión de LOCALIDAD tan intimamente ligada á ese documento sanitario de la Comision, que es para así decir el tema de todo el . . . . Para asegurarse que la epidémia de escarlatina era el resultado de circunstancias puramente locales, [13] era indispensable recurrir á los datos que lo comprobasen, datos fundados en esos miásmas permanentes que por una fuerza degenerativa hubiesen de producir enfermedades reinantes de un carácter endémico. En la epidémia que nos ocupa no distinguimos mas que una afección de un carácter particular, de un jéño que le es propio; mas si los principios que la constituyen, si los efluvios que la determinan fiesen el resultado de causas locales ¿por qué razón no aparecería ella á determinadas épocas, en el verano por ejemplo, cuando como expuso mi Censor, infinitos focos de putrefacción en las vías públicas y en la parte exterior de las murallas, puestos en fermentación por la influencia de los fuertes calores del verano, y sobre todo un gran número de familias olvidadas del contagio, diseminaban en la atmósfera los multiplicados productos de sus efluvios? [14] Si hubiese exactitud en la pintura que acabo de transcribir, si los hechos fueron tales, si estas

(13) Así lo aseguró mi Censor en un documento público con fecha de 1.º de Marzo próximo pasado.

(14) El Sr. Vilardebò caye en contradicción cuando aquí da por causa de la escarlatina los exagerados focos de putredéz, y á página 16 de su critica conviene conmigo de que es enteramente desconocida la naturaleza del principio contagioso de la escarlatina.

¿Aeron las causas de la epidémia, ¿qué embarazo hay para suponer que las mismas combinaciones no produjeseen esta enfermedad en los veranos anteriores? Esos presupuestos principios en un país como este expuesto á todos los vientos; estos principios, digo, tan atenuados y susceptibles de espansión y volatilisacion, agitados por todas las corrientes de aire, no encontrando obstáculo alguno para combinarne con la masa atmosférica, no pueden, á mi entender, concurrir á la formacion de la causa material de la escarlatina, y ménos reputarse su causa cierta. Aserciones de esta especie yo las contemplo especiosas y plausibles, y me parecía mas natural que se considerasen los contájos respecto á sus calidades sensibles y á circunstancias que pudieran influir en su modo de obrar en nuestra economía, visto que no podemos señalar con precision como se forman esas combinaciones elementales de principios y substancias que nos son nocivas, y cuya mayor ó menor actividad debe depender de sus grados de simplicidad ó composicion. En las nociones de la Física, de la Química, de la Geografía y aun de la Astronomía se podrían ir á buscar datos que pudiesen explicar filosóficamente las causas de las diferentes enfermedades epidémicas que nacen en cada país, ó que pudiesen venir de países extranjeros; pero el médico no las debe examinar de este modo, debe conocerlas por ellas mismas y por sus efectos, sin cuidarse de ese punto el mas difícil de averiguar y resolver, si pretende asegurarse de cuales deben ser los agentes constitutivos de los másmaos epidémicos.

Si este modo de raciocinar es vicioso que ee. me diga por dónde se han de empezar las primeras indagaciones; qué medios hay que emplear para penetrar en el secreto de esas caussas ocultas, no solamente por lo que hace á la economía animal, pero aun tocante al órden físico jeneral ..... ;estremada es sin duda la distancia de saberlo ni averiguarlo, y esto es lo que hace que la medicina muchas veces se vuelva conjectural.

Por las consideraciones que anteceden hemos de convenir que vale mas el conocimiento de los fenómenos cuya

sucesion presenta alguna utilidad para los prácticos, que procurar entre tinieblas la naturaleza, la esencia ó la existencia misma de una causa primordial, que al fin no puede ser mas que relativa, y su exámen no nos quitaría la venga de los ojos sino para tocar el desengaño de que muchísimas causas por su carácter oculto y por unos fenómenos que no se descubren, quedaran para siempre fuera de los alcances del espíritu humano.

El hecho importante que arroja mas luces contra las especiales idéas de mi Censor en la influencia atribuida por él á las causas locales, es que el resultado está en contradiccion con los principios que él considera capaces de promover y facilitar la propagacion de la epidémia; si quisieramos entre otras pruebas evocar el testimonio convincente de los Administradores ó dueños de establecimientos de saladeros, para rechazar con ventaja las palabras vagas de nuestro contrario, cuando con motivo de nuestras dudas racionales nos oponíamos á que el aire libre fuese el vehículo de la escarlatina; vería el que no fué sin criterio y suficiente atencion que escribimos aquellas líneas, pues habíamos de antemano procedido á ciertas indagaciones, q' no nos dejaban dudar de ese modo hipotético porque era esplicada la transmision del contájo. Cuando por lo fuerte del verano tuvimos que salir de la ciudad á causa de nuestras obligaciones domésticas, aprovechamos aquella coyuntura para no perdonar medio de ratificar nuestras idéas confirmándolas al frente de testimonios que no sedujesen la imaginacion ni ocultasen los resultados. Observé pucs, en los alrededores del Miguelete, que la escarlatina no respetaba los habitantes colocados en parajes aislados y bastante elevados; averigué que las precauciones contra la comunicacion de los enfermos de nada servian, pues se propagaba del mismo modo que en la ciudad y extra-muros, adonde la población es incomparablemente mayor; indagando su carácter lo hallé idéntico, ofreciendo en unos el benigno, y en otros el grave, [15] sin diversidad en sus

(15) El Sr. Vilardebó declara lo contrario á página 15 de su

síntomas, en la erupcion, en la marcha y en la terminacion. Mientras que me admiraba la reproducción de la epidémia en lugares tan salubres, hubo de considerar el imperio de los hechos contra todos los sofismas; pues en un saladero á 14 cuadros de distancia de nuestra quinta, y en el cual una numerosísima familia de individuos de todas edades respiraba de continuo un aire viciado por el deterioro efectivo e inevitable de tantas materias animales en descomposición, ni un solo sujeto fué atacado, no obstante ocupar la epidémia los puntos mas inmediatos á aquel establecimiento, que sostiene una faena continua de matar animales vacunos: la putredéz del ambiente en los fuertes calores del verano era insopportable, y cuando soplaban vientos de aquél lado alcanzaba esta terrible sensacion hasta las habitaciones que ocupábamos, lo que me condujo á indagar si alguno de los empleados en aquella clase de trabajo había sufrido del contagio de la escarlatina, y fui informado que ninguno; me quise asegurar si este estrafío fenómeno se había advertido en los demás saladeros mas ó menos distantes de la población y resultó lo mismo; de cuyo exámen se fortificó en mi opinion la idea de que no era en efecto un sueño el pensar de que esas condiciones no engendraban la enfermedad ni daban movimiento progresivo al contagio, así como juzgo aun hoy, que no fueron esas causas locales las que prepararon la aparición de la escarlatina, ni eran capaces de prolongar su existencia.

Véase pues, como en estos asilos de la infección, segun se afirma, no aparece menos comprobado de que no es la putrefaccion la que dá oríjen á las enfermedades populares ó epidémicas; véase como en estos contornos á donde es tan comun encontrar las osamentas de buey, sus entrañas y sangre en estado de fermentacion pútrida, así como cadáveres de otros animales expuestos á la accion del aire,

---

cri-  
ca, pero yo quisiera que se formase una tabla necrológica de esta epidémia en todos los Departamentos de la campañ, y se hallaría que la mortalidad sería igual proporcionalmente á los guarismos que diese la población respectiva.

del sol y de la humedad, sin ser enterrados, no se ha notado jamas una enfermedad de esa especie, no obstante la presencia casi constante de ese principal motivo de las epidémias estando al sentido del lenguaje que se profesa. Añádase á esto que la escarlatina ha sido porfiada en atacar con predilección á familias que disfrutaban en la ciudad de todas las comodidades de la vida, como he advertido al principio de la epidémia, así que la fatal Atropos se mostró petulante con personas que sobreabundaban de medios de resistir á su poder. Cualquiera que haya sido pues, el oríjen de la escarlatina epidémica en el país, mi Censor no tendrá que lisongearse de sus declamaciones delante de hechos tan auténticos, que pulverizan cuantos raciocinios pueden inventarse para dar apoyo á las *causas locales*, y á la insistencia de medidas sanitarias procedentes de hipótesis no mas.

Es positivo, y yo nunca lo negaré, que una vez declarada la enfermedad contagiosa, la infección es transmisible por el contacto mediato ó inmediato, pero las dudas que anuncié en mi memoria relativamente al aire como vehículo de los miasmas, no quedan sujetas á la forzada conclusion que advierte el Sr. Vilardébó en su crítica: yo no resolví el problema, pretendí indicar los fundamentos que me impulsaban á dudar de esa evidencia que no derivando de las pruebas me obligó á decir que era contestable. Semejante asercion se halla fortificada por las relaciones de muchas epidémias, y no es contraria á los hechos que se observan diariamente. Razones tengo para arguir á mi Censor de haber sentado á tal respecto como punto incuestionable que la epidémia se contrae con solo respirar el aire de los cuartos en que hay enfermos, y que por intermedio del aire es que penetran los miasmas por la respiracion hasta las ultimas ramifications de los bronquios, sin contar para nada con la facultad de los basos absorventes, olvidando quizás, que en el orden de los contagios el pestilencial, el varioloso, el sístico, el dartroso y otros pueden penetrar, ó está admitido que penetran á favor de los linfáticos; y que aun siguen los fisiologistas disputando sobre la solucion de ese gran

problema que le ha parecido tan sencillo al Sr. Vilardebó resolver, cuando mas atinados maestros consideran difícil de explicar, por no poder desentenderse de muchos fenómenos justificativos, que aseguran la posibilidad de poder verificarse el contagio por medio de los vasos linfáticos de los intestinos, llamados *venas lacteas*, ó por la piel; donde arranca sin duda el diverso modo de *prostática* que aconsejan para casos tales muy insignes médicos. ¿Qué otra cosa significan los preceptos de hacer desnudar los enfermos contagiados cuando llegan á los lazaretos, y el mandarlos esponer á un fuego activo? de qué serviría que se hiciesen unturas oleosas en el cutis para preservarse de la acción del frío que desafia la inhalación? por qué razón se queman los vestidos y ropas de los pestiferos? por qué toman sumo cuidado los cirujanos en defender sus manos é instrumentos del humor de los bubones ó del contacto de cadáveres que pueden inocular ciertas enfermedades? Reflexione un poco mi Censor sobre la importancia del sistema cutáneo en las leyes de asimilación y hallará la abundancia de pruebas que se pueden producir con referencia á la absorción cutánea, que tanto se presta así á la acción medicamentosa de muchas substancias, como á la deleteria de cosas que son nocivas á la economía animal. Sin razón ha pretendido establecer que los pulmones son la vía preferente por donde penetran los miasmas, porque se vislumbra en esa conjectura un pronunciamiento que representa ó poca atención á lo que él importa, ó ninguna lectura de los escritos famosos de célebres prácticos, que aseguran que son recibidos por el sistema absorbente todas las enfermedades contagiosas. Cruikshank, que participa de nuestra admiración por la superioridad de sus excelentes observaciones en este ramo asegura, que estos mismos vasos [los linfáticos] siendo de la mayor utilidad para la conservación de nuestro cuerpo, pueden ser frecuentemente los instrumentos de su destrucción. [16] Para no aburrir con pruebas

(16) Anat. des vais. absorb, chap. 17; pág. 247.

sacadas de varias relaciones de las mas devastadoras epidemias, yo tomo un hecho sobre la posibilidad de transmitirse la escarlatina por contacto, *sin que hubiese de por medio la necesidad de respirar el aire del oposento de algún escarlatino*. Ildebran de Viena, durante la asistencia que prestó á infinitos enfermos de esta fiebre en la ciudad, conservó siempre el mismo traje negro con que empeataba el tratamiento de la epidemia, y un año después de haberlo quitado por haber cesado, volvió á usarlo en Podolia, donde no constaba que existiese esta enfermedad; luego después de su llegada asaltó esta fiebre á toda la Provincia. [17] ¡Fatal alternativa! los cuerpos vivos se infician, absorben los principios materiales de las enfermedades transmisibles, pero se ignora cómo y de qué modo nos podríamos sujetar á su acción! Si no hay cosa mas difícil que explicar con claridad las causas de cuanto sucede en el orden físico, moral y político, ¿qué dirímos de la oscuridad de aquellas que, remontando hasta el origen de casi todo lo que existe, no se pueden apreciar ni prever? Sin embargo, tan arreglada le ha parecido á mi Censor la afirmativa del camino de los bronquios, que se persuadió que tocaba á su término la demostración, si bien á nuestro entender no ha hecho mas que usurpar consideraciones del mas alto interés, que no dejan de ser para el observador que las distingue, un elocuente desengaño sobre los límites que la naturaleza ha puesto á estas investigaciones. [18]

En la esfera de los conceptos que ha aprovechado mi Censor aparece aquél del olor agrio y fétido que despiden los escarlatinosos según lo advierte Alibert; mas yo desapruebo altamente este método de criticar, supuesto que el pasaje de mi escrito á que se refiere, expresa un sentido diferente de aquél que se supone para impugnarla. Yo he dicho, que suponiéndose que la naturaleza deleteria y contagiosa

(17) Journ. de Médér. Miyo de ISIL.

(18) Abundaríamos en observaciones para colocar la caja-tura de mi Censor fuera de la confusión que parece significar; pero como se vislumbra de ella una idea muy distante de las pruebas, no creemos necesario interponer otras reflexiones.

de los miasmas reside en la propiedad que estos tienen de atacar el olfato, y concediéndose que pudiera existir la calidad morbifica en el hedor que despiden las emanaciones pútridas, ¿cómo podría tener lugar este fenómeno en la escarlatina que no producía sensación semejante, al menos en su periodo de simplicidad, es decir, en el estado inflamatorio? y el Sr. Vilardobó arguye que he afirmado que los miasmas de la escarlatina no producen sensación alguna en los nervios olfatorios, quitando, no sin malicia, el sentido condicional que antecede con respecto al hedor que despiden las emanaciones pútridas como suele acontecer en las fiebres *adínamicas* ó pútridas: es esta una conducta que deshonra al escritor de buena fé: á esto se llama violar y desconocer los deberes que impone la ciencia!.... Sin embargo, de tal suerte estoy penetrado de la exactitud de mi aserto, que no debo prestar mi asentimiento a esa exhalación *agrui y fétida* que asegura haber notado el profesor Albert en los escarlatinosos; no obstante que esa notabilidad médica al pronunciarse así no ha hecho la precisa distinción si se entendía con los enfermos de carácter benigno ó maligno; distinción importantísima para nuestro caso, porque de ella derivarian las consecuencias harto mas energicas que los sofismas, y porque se debia no confundir la cuestión que se quiere considerar en conjunto, porque no pueden ser comunes ni los síntomas ni los efectos del estado de simplicidad á que aludia mi discurso, con el de complicación adinámica ó atáxica á que parece referirse aquel autor célebre: puedo pensar ademas, quo siendo la respetable autoridad que se me cita, el médico de un grande hospital, hubiese podido experimentar las sensaciones mencionadas, en razón del concurso de muchos enfermos en las salas del de San Luis en París; de lo cual no puede venir quebranto á mi observación emanada precisamente de hechos particulares, aunque suficientes y repetidos. Sobre todo, no puedo menos de repetir que en mi práctica no he advertido otras sensaciones especiales en las habitaciones de los escarlatinosos, que aquellas muy comunes á los febricitantes en general, y para no imputármese ambigüedad, es que singularizé en mi Memoria el ningún olor particular, al menos en el periodo de simplici-

dad, porque el sentido osmimétrico [19] percibe bien la diferencia de impresiones que la son transmitidas; en prueba de ello el práctico sabe distinguir el olor especial de ciertas enfermedades, como que hace parte de su historia. Las sensaciones desagradables de la tisis pulmonar, de la fiebre adinámica, de la viruela, de la gangrena, del cancer y de otras, anticipan al olfato los efectos de una atmósfera peculiar á cada uno de los que padecen semejantes males.

Los espíritus sistemáticos suelen apoderarse de hechos aislados para apoyar sus hipótesis, pero las lecciones de las desgracias han disminuido de tal modo el prestigio de las teorías en que se fundan, que ciertas medidas administrativas van cayendo en desuso á fuerza de la análisis médica que las desecha por menos seguras, y porque es preciso reconocer que no siempre puedo ella desmenuzar los fenómenos primitivos de en medio de tantas circunstancias variadas, que prolongan la cadena de los sucesos aun en las enfermedades específicas. Así es que para corroborar en lo posible las medidas preventivas que subscribió mi censor con sus colaboradores, vino justificándolas con el uso que de ellas se hizo en París durante la epidemia del Colera por recomendación del Consejo de Salubridad de aquella Capital. Digno es de observarse á la verdad, que haya por dos veces apelado á este esfugio en las páginas 14 y 18 de la crítica para autentizarlas; pero no es menos transcendente la disparidad de condiciones médico-topográficas que aparecen de una observación mas atenta e ilustrada para conocer de que no era muy sabio apropiar el conjunto de los recursos de que fué menester valeros en París, si se consideran las variaciones decisivas que ofrece la localidad de Montevideo, su población y la propia epidemia, como lo hize notar en la Memoria. No juzgo por lo tanto arreglado guarecerse de semejante ejemplo nada alicuado á nuestro caso, por no ser idéntico el peligro que nos amenazaba, ni por la naturaleza del mal que se procuraba evitar, ni por la semejanza de las precauciones allí

(19) Así llama Recamier al sentido olfatorio.

empleadas en fuerza de causas locales que aquí no existen; los medios de superar los avances de la epidemia, según varios hechos que se podrían alegar, deberían llevar una dirección más análoga á las modificaciones relativas á este suelo, sin necesidad de haber bajado á poner en acción aquellos á que se inclina la seducción de lo que pasa en las grandes capitales, no obstante la singularidad de causas materiales de que estamos exentos aquí, y no habiendo mérito de la sombra que cubre esas medidas inoportunas, si consideramos que la venda de las ilusiones se mantiene sobre cuanto respecta al principio contagioso, que se ha pretendido humillar con las fumigaciones y otros recursos tan inciertos como este. Supongamos, empero, que los principales fenómenos de la epidemia fuesen iguales ¿qué se obtubo en París con los ponderados preceutivos? Nada, absolutamente nada. El colera morbo cundió y la insuficiencia de las medidas precaucionarias no la hicieron retroceder, ni impidieron que se acercase más y más: no fueron exceptuados de sus estragos los personajes de más elevada condición, ni aquellos que por su fortuna podían circundarse de una atmósfera impregnada de los supuestos preservativos, diseminados, como ha dicho un testigo ocular, con tanta profusión desde el portal hasta los desvanes de la mayor parte de las casas, que si fuesen ciertas sus virtudes subyugarían el mas leve atomo de contagio transportando á las regiones mas altas envuelto con las nubes del cloro. En cada escalera, prosigue el mismo testigo, no se veia sino platos con cloruro; sobre las mesas bolsitas con alcanfor; en las alcobas aromas y perfumes... Hé aquí, pues, justificada con el mismo ejemplo de que se ha servido mi censor, la falibilidad de aquellas medidas, de que se ha hecho acá un aprendizaje infructuoso: los resultados confunden las teorías, y por sí mismos van agrandando en todas las regiones una opinión fija contra la trascisión de las virtudes específicas de ciertas substancias que deben ese concepto á un ciego empirismo [20]

(20) Largas disputas se han sostenido sobre la triste incertidumbre de los preservativos, de los que se ha abusado escandalosamente en tiempos de calamidad epidémica; pero los difusos discursos que han visto la luz en los periódicos consagrados á la ciencia, han ocasionado confusión en vez de esclarecer este intrípido punto de doctrina médica.

En cuanto á las fumigaciones no se está mas de acuerdo en el dia que en otro tiempo si se consultan los experimentos tentados con ellos en ocasiones azarosas, que era menester tocar todos los recursos ciertos e inciertos para afrontar epidemias rebeldes. Generalmente se fundaban para su aplicación en unos caractéres supuestos y en los más mas, sin embargo de no ser posible explicar la *etiología* de estos espantosas plagas, á que está expuesta la especie humana en decadas periódicas, y en ciertas condiciones, como se ven ejemplos de ello en los autores y en la práctica. Así que, mejor fuera satisfacer á indicaciones terapéuticas fundadas en los principios sobre que se deben apoyar, que embrollar la parte práctica de la ciencia con una serie de procedimientos variables e imperceptibles en sus efectos, que no corresponden á las virtudes exquisitas que se les atribuye, ni sus elementos primitivos permiten pensar que puedan por ningún título desnaturalizar la calidad nociva de la enfermedad que se va á arrostar con ellos. De los ensayos atrevidos que en estos últimos tiempos se han practicado, ninguna prueba bastante bien fundada conozco que sirva de norma al práctico para que se atenga á tales medios de acudir á dolencias contagiosas cuyas causas están llenas de grande obscuridad.

Lo que hé escrito sobre la impresión de las fumigaciones, indicando que su uso en las habitaciones de los enfermos de fiebre escarlatina en el grado inflamatorio debía ser proscripto, hâ dado mérito á que mi censor haya estampado que yo ignoraba tal vez que en ellas el desprendimiento del cloro era lento y progresivo porque va disuelto en cierto grado de humedad que suaviza en extremo su acción: estas expresiones prueban tan claro como los mejores razonamientos que el critico censor no pudo evadirse á confessar la condición estimulante del cloro, que yo acababa de analizar co-

losamente en tiempos de calamidad epidémica; pero los difusos discursos que han visto la luz en los periódicos consagrados á la ciencia, han ocasionado confusión en vez de esclarecer este intrípido punto de doctrina médica.

mo perjudicial, cuando sus vapores eran dirigidos á obrar en las habitaciones de enfermos escarlatinosos en grado agudo. Ha querido atribuirme ignorancia, porque sabe sin duda medir con un acierto singular la distancia que hay de negar positivamente mi aserto, á confundir los conceptos buscando atenuar las relaciones del hecho con la perspectiva frágil del sofisma. Mas si mi censor no pretende estrellarse contra la verdad, nos ha de empeñar hasta el extremo de reproducirle que nada vale el exámen material de los vapores mas ó menos densos del cloro en fumigaciones, para dar á conocer á fondo la cuestión de su facultad estimulante y de su indebida aplicación á los febricitantes. Esta facultad es de tal manera activa, que no recelo recordarle que se equivoca en querer atribuirle un carácter pasivo, supuesto que las sutilezas del cloro en ese desprendimiento lento no le transforman, ni le quitan sus propiedades y acción particularmente irritante; en esta línea está reputado por todos los médicos y químicos el ácido muriático oxijuado ó cloro, que hemos visto aplicar en los hospitales desde el primer período de nuestra carrera, y sucesivamente lo hemos propinado bajo el concepto experimental que nos merece su influencia sensible para la descomposición del amoniaco y del azoe, sin embargo de nuestra ignorancia, que el rigor de las disputas puede menear o abultar, como se acaba de ver con respecto á las fumigaciones.

Se puede asegurar que hubieron siempre opiniones rivales entre los profesores de medicina, y que hay algunas que van á sus fines é intereses; por eso no extraño que la intolerancia del censor me haya querido hacer cargos impropios y fundados, considerando mi escrito como un ataque á la gravedad y soficiencia de la comisión de que éi es miembro; y hé aquí el hilo de su crítica enconada en que agotó las exageraciones para mudar el sentido de mis expresiones, y poder mezclar la ironía allí mismo donde existe la prueba clásica de mi zelo por el arte que profeso. ¿Cómo, pues, vuelve á repetir el Dr. Vilardebó que inferí ataque á las medidas precaucionales propuestas por la

Comisión? No ha habido ataque como él lo determina, ni han sido infundados los argumentos que alejan una confianza exclusiva que quiso apropiar á medios en que el espíritu de sistema tiene grande parte para ponderarlos; y sobre todo si las opiniones profesionales hán de plegarso á las exigencias del respeto que se morece la Comisión, era indispensable que se me apuntase el abuso que hubiese cometido, ó la impresión que hubiese empleado que no estubiese al temple de la vidriosa sensibilidad de los SS. que la componen. Mas si el respeto se puede muy bien conciliar con la discusión de objetos tan interesantes á la sociedad, y como la veneración no puede llegar hasta el grado de idolatría, nunca pude figurarme que sin faltar en lo mas mínimo á la posición social de los comprofesores pudiera despertar con mis reflexiones en materias, que se cree que no se han examinado bien todavía, una controversia inflamada que condena la ciencia por opuesta al objeto mas filosófico de la medicina que es la investigación. Si mi íntima convicción de la inutilidad y riesgo del uso de la belladona y de los fumigaciones de cloro contra la fiebre escarlatina me ha dejado percibir las graves consecuencias que podrían resultar, ¿ometí acaso un atentado en advertirlo por la prensa? si estoy convencido de que no puede haber substancia alguna preservativa del contagio, porque razón había de hacer gala de específicos supiendo, como dice el censor, con otros medios á los que juzgué incisivos y peligrosos? La idea del peligro Sr. Vilardebó, es la que se debía haber procurado evitar para contener la impresión funesta del miedo al asomarse una enfermedad popular, y es lo que quise hacer entender en mi Memoria invocando pruebas de que no era la escarlatina tan mortífera como la querían suponer los que la clasificaban de maligna infestando las casas de los enfermos con el olor sepulcral del cloro.....

Las demás medidas higiénicas tocante á la sobriedad, á la pureza del aire y otras particularidades, yo no las reprobé: no adherí, es verdad á que se usasen las gotas de los frasquillos por no ser un remedio acreditado como efí-

en z por una larga experiencia, pudiendo por otra parte afectar el sistema sensible de los niños, ó causar otras lesiones, aun concediéndose el especioso razonamiento de sus dosis *infinitisimales*; teoría en la cual encuentro desnaturalizados los hechos, porque el exceso de actividad que pueda producir el uso de esta planta en los órganos cutáneos, no supone otra cosa que la acumulación de síntomas de irritación simpática, después de desafiada la acción circulatoria por esa substancia hasta el grado de producir el enrojecimiento de la piel; visto que para hacer aparecer este fenómeno no se necesita más que del flujo de sangre á los vasos capilares que penetran sus tejidos.

Si por medio de los irritantes que obran sobre la superficie cutánea se lograse prevenir la fiebre escarlatinosa epidémica ó esporádica, si la irritación producida por la belladona fuese capaz de trastornar en la economía animal el orden de los principios inmutables de la naturaleza, ¿quién desestimaría ese recurso ó otro mas vehemente todavía? Pero, si los rubefacientes pueden tanto, si es tan fácil obtener la metamorfosis de la escarlatina con solo hacer cubrir el cútis de manchas rojas, porque no efectuarlo excitando el aparato cutáneo por medios menos temibles? Cómo se puede uno persuadir que por semejante modo haya de extinguirse en el organismo la disposición á recibir el contagio de la escarlatina? No debo vacilar en mostrarme antagonista de una hipótesis que interrumpe el orden de las causas primarias, que nadie ha podido descubrir, como le fué preciso á mi censor confesar á páginas 16 de su folleto, robusteciendo mi dictámen de que nos es enteramente desconocida la naturaleza del principio contagioso de la escarlatina; pues sería necesario demostrar con pruebas irrecusables que la belladonna encerraba en sí el secreto inexplicable de anponer por siempre ese principio inógnito, si bien la ingestión de este veneno jamás puede suplir á la escarlatina por sensibles que parezcan algunos fenómenos secundarios después de la irritación que produce en las vísceras.

Como quiera que se procure hacer valer el influjo de

algunas notabilidades médicas, porque han ensayado esta substancia como antiescarlatinosa, no es esto un motivo para entregarnos á la químérica esperanza de ver aumentarse el catálogo de los específicos, de que se resiente la sana práctica, porque ulteriores resultados y muchos datos históricos convencen de la falsedad de esta voz mágica; la que si arrastra en pos de él entusiastas acérrimos que la exageran, no faltan autores recomendables por sus luces y calificados por su feliz práctica, que la han proscripto por arbitraria, y porque deriba de ideas falsas.

Lo que hay de cierto en este punto, es, que para convencernos de la acción singular de esta medicación fuera menester inquirir en los hechos lo que no se puede recabar de ellos; á esto se reduce la cuestión: siendo esto imposible, resulta que quedan en pie sobrados materiales para combatir los sofíados resultados de los ensayos con que los autores de novelas médicas galardonan fantásticas tentativas: y se ha de convenir que hasta cierto punto han participado del error de los alquimistas buscando el divino arcano. El estudio de las enfermedades populares contagiosas siendo uno de los mas difíciles de la patología, porque, como lo he repetido, no conocemos la naturaleza íntima de estas afecciones, la observación severa de la clínica no puede acariciar la idea de promoverse la rubicundez artificial del cútis por efecto de la belladonna para imitar el estado morboso llamado escarlatina; pues ni es análoga la erupción simulada, ni puede darse que la flogosis tegumentaria artificial constituya una verdadera trasmisión escarlatinosa. Ademas, nadie puede figurarse que aquella substancia deba obrar sobre todo el organismo del mismo modo que el principio específico de la escarlatina, que ejerce primero su influencia bajo las ignoradas leyes que presiden á la formación de esta enfermedad; que si establece una irritación en ciertos órganos, es en consecuencia de una causa directa, sin q' haya indicio precursor que revele su existencia, hasta que á impulsos de esa causa oculta se manifiesta la exaltación de propiedades vitales de diversos aparatos, como la reacción circulatoria, el exce-

dase que median motivos para dar por sospechosa la opinión de ámbos] ¿podría la diferencia de época cuanto á la aparición de la epidémia hacer rebajar el mérito de mi opúsculo? merece reconvenction el que apareciese antes de la escarlatina epidémica un caso aislado que no determina epidémia? Es menester decir á mi censor que si anhela corresponder á los prestigios que hermosearon su nombre ántes de venir al país, que ese de ocuparse de estas tentativas miserables que solo pueden apreciar los talentos vulgares.

La segunda inexactitud ó error clasificado por el censor, no es menos la evidencia del mal humor de que se hablaba afectado al tiempo de escribirlo: me advierte, pues, con sarcasmo, que la opinión de Vieuussens, médico de Ginebra; le habfa yo visto citar en el artículo escarlatina del Diccionario Francés de Ciencias Médicas. No hay medio, á mi censor se le ha puesto que estoy pobre de libros pues no leo sino el Diccionario; pero para templar esa sospecha me valdré de la franqueza de ofrecerle en prueba de lo contrario la certeza de poseer igualmente la Memoria de ese práctico sobre la anasarca consecutiva á la escarlatina, la que leída en la sociedad de medicina de París el dia 27 de mesidor del año 7.<sup>º</sup> de la República Francesa fué alabada en varios periódicos de medicina.

Asechanzas de este orden nadie las corrige mejor que la humillación de poner de manifiesto las quiméricas de que se alimenta aquel que llama la atención sobre súiles circunstancias, que acortando la acción de la crítica descubren tambien la bajeza de inútiles deseos de que se empapa la envidia. No se ocultan los caprichos de esta pasión; ella se expresa con tono descompuesto en la indiscrección de sus tramas, en la temeridad de sus juicios, en la irreflexión de la censura. Prueba de ello la personalidad que distingue todos los parajes de la crítica que impugnamos; pero si se procura un dato mas del vacío y de lo estímero de las solicitudes en que se estubo descrismando el Sr. Vilardebó al coordinar estas agudezas, vean como puesto sobre zancos levanta la voz para reprobar que yo elogiase en

plural los médicos de Ginebra, tomando un médico célebre por todos, como si fuese un defecto el introducir esta figura retórica en mi discurso. A la verdad, el *Synecdoche*, bastante usual y elegante cuando se habla de personajes distinguídos, estubo lejos de agradar al génio preeminent, *grave y austero* de mi censor. Ya se vé, una imaginación exaltada pone, por decirlo así, en escena sus pretensiones ideales como si fueran realidades; todo lo colorea á su antojo, todo lo expresa á su modo, sin detenerse en la consideración de que es prudente comprimir sentimientos de vanidad, porque otros gladiadores pueden presentarse que pretendan medirse en la misma arena.

En el catálogo de mis inexactitudes profesionales, como se expresa el censor, viene un error de imprenta, que trata de realzar la táctica fina del Sr. Vilardebó. Había sido escrupuloso en el examen á que procedió para corregir estas faltas, y se lo agradezco; pues recuerdo que pasó sin enmendarse *Génova* por *Ginebra*, que importa tanto en clase de errores profesionales, como la concepción vasta que así lo estampó en letra de molde.

No es menos sobresaliente la profunda impresión que le ha causado el uso que hice de la voz *infilación* para designar la hidropesía del pecho y del pericardio, que supuso causa inmediata de la muerte de una joven, advirtiéndome con la sagacidad que le es característica, que, *el lenguaje castizo de la anatomía patológica no podia tolerar que se usase y que le debia sustituir la de derrame ó efusión*: ¡en efecto cuesta sufrir reproches de esta especie por infundados y confiados! Si, en una profesion tan elevada no debiera despuñar la divisa de inclinaciones tan poco dignas de sus destinos ulteriores! Ocurramos no mas á los diccionarios para dar un solémne desmentido á la inteligencia que pretende hacer positiva mi censor, y se acabará de conocer lo que vale su criterio ó la seducción de sus sueños. No quiero registrar los extraños, sirvan de guia los de la ciencia, para que la inteligencia de aquél substantivo sea tan evidente, que sería ridículo disputarla: "*infilación es la presencia de una cantidad de serosidad, pus ó otro cualquier humor pre-*

ternatural, sea en las areolas del tejido celular [areola es también una pequeña cavidad] ó en algún otro órgano: efusión es la colección ó aguntamiento de un líquido preternatural en alguna parte del cuerpo. Estas son las definiciones más breves de las dos palabras que en su significado se vuelven sinónimas; pero donde no le queda ninguna salida á la malevola crítica, es en la voz hidropsia del Diccionario de Medicina y Cirugía, ó Biblioteca médica-quirúrgica española, que dice así: Hidropsia [Med.] se comprende con este nombre general todo derrame ó infiltración de agua ó serosidad que se forma en alguna cavidad del cuerpo, en la substancia misma de algún órgano, ó en el tejido celular; pues no hay parte alguna del cuerpo que no sea susceptible de esta enfermedad: ¿y é tal el discreto reparo del Sr. Vilardebó con su lenguaje casi z? Aquí no hay esfugios: lo menguado de sus enconoces tiros se fué á estrellar con el significado de las frases, y hé ahí donde tropieza nuestro juez de un modo que no le sucedería al más pequeño escolar!

El entusiasmo por el lenguaje castizo de la ciencia á que quiso sujetarme el censor, me dá la facultad de indicarle las inexactitudes de esa especie que pude encontrar en sus observaciones. En la página 6 usa él de la clasificación de fiebre cerebral miopática, que me parece una voz de la antigua patología, pues de ella no se vislumbra si podría ser una fiebre inflamatoria con delirio, una intermitente atáxica, una perniciosa, ó la adenómica atáxica, la meningitis, la aracnitis, la encefalitis, porque todas estas afecções presentan síntomas de flegmasia y aflujo de sangre para el encéfalo y sus membranas, y son siempre acompañadas de delirio. Al proto-cloruro de mercurio dió el nombre antiguo de calomel en la página 9, que tan poco se usa hoy en la castiza química: los nombres de soliman, arsénico y ácido prúncio de que se sirvió á páginas 12, ofrecen el mismo defecto para que le observemos recíprocamente los prodigios de su ilustrado saber.

De la importancia que ha querido dar á diversas denominaciones, que la medicina emplea para designar una substancia, que en el vocabulario de la ciencia participa

de ese abundante neologismo cada día mas aumentado y difícil, sacó mi censor el motivo de notarme que nunca habían consejado el cloro para acidular las bebidas contra la escarlatina William y Stranger, como yo lo había referido, porque siendo el cloro un cuerpo simple, no podía en manera alguna estar dotado de propiedades ácidas. Se defiuce de este periodo que sus conocimientos hidroquímicos tan bien representados en sus inflexibles notas, se resienten de presunción por la confusa seguridad con que se expresa en la materia; apesar de ello pidiendo vénia á la vanidad, nos ha de permitir por gracia suya, que le digamos, que cuando dos ó mas cuerpos produzcan un ácido, la acción reciproca de cada uno concurre á la producción de este nuevo cuerpo que se vuelve acidífiata: ahora, pues, el cloro, que no es otra cosa que el gaz ácido muriático oxigenado, ó la disolución concentrada de ácido muriático ó hidroclórico en agua, está reputado es verdad [no por todos los químicos] como un cuerpo simple; pero no por eso deja de conservar en la sinonimia médica las d versas denominaciones porque era conocido; y mi censor estaba tan penetrado del sentido en que yo lo había mentido, que señalió luego con su acostumbrada elegancia: mas el autor, cuyos conocimientos químicos no parecen ser muy profundos, ha tomado verosimilmente el cloro llamado en la química antigua muriático oxigenado, por el ácido hidroclórico, y entonces admitimos sin dificultad que haya sido aconsejado para acidular las bebidas. Para conjurar lo injusto de esta atacante sátira podíamos acudir á la fuente donde leímos la prescripción de los autores supracitados, quo proponían á sus enfermos escarlatinosos limonadas clóricas: así como los profesores Agustín de Berlin y Temessiak sostienen, que se puede disipar la facultad contagiosa de este mal por medio de las fumigaciones ácidas. (22) ¿Mas, á que conducen esas citas si ninguno de los nombres porque es conocido el cloro está desterrado de la ciencia? Cada nación en sus Farmacopeas, cada pro-

(22) Journ. de Med. Tom. XXIX, pag. 234.

sesor en sus rezetas ha usado y continua haciendo uso del que mejor le parece indistintamente, sea de la química antigua sea de la moderna. Véase á este propósito la Farmacopea Universal del Dr. Jourdan, que pasa por la recopilación mas exacta de los Recetarios del mundo civilizado, y hallará mi ilustrado y moderno químico la diversidad de nombres porque es conocido el ácido hidroclórico. Se puede echar mano del cloro en substancia, en forma líquida, y en gases, segun las indicaciones que haya que llenar sin que se cometa un error si se rezeta por su nombre genérico, una vez que en las prescripciones se designe el cuerpo con que ha de ser combinado. Sirva de respuesta en semejante caso lo que se encuentra en varios Formulaarios latinos bajo la denominacion de—*poción incitante de cloro*—*gargarismo de cloro*—*limonada de cloro* &c, no obstante la expresión castiza de nueva creacion que todo lo quiere arreglar. Dígnese el censor pasar por la vista el artículo *cloro* de la Farmacopea Universal citada, si quiere obtener el convencimiento de que no fué mal dicho, que se recomendaba el cloro para acidular las bebidas. Por este tenor han sido los reparos del Dr. Vilardebó clasificando de errores la libertad que disfruta cada profesor de poder emplear por entre los sinónimos la expresión que mas estime, mientras que él en su folleto de observaciones á mi memoria, puso en juego denominaciones de la vieja química, como supongo que recordará haber llamado soliman al deutio-cloruro de mercurio, calomelanos al proto-cloruro de mercurio, y otras lindezas castizas que encontré en la página 12 de su escrito.

No debo ocultar una equivocación en mi Memoria al tratar de la influencia de la belladona como preservativo de la escarlatina. Consiste cabalmente en atribuir á la yerba mora los efectos de aquella, que siendo ambos de la familia de los solanaceos son no obstante diferentes sus efectos hasta cierto punto. Pero hay que advertir, que si media-se buena fé por parte del Sr. Vilardebó, hubiera notado sin esfuerzo, que para salvar toda equivocación me valí de la nota 13 de la página 17 de la Memoria para señalar que

era á la *atropa belladonna de Lineo*, que se referian mis reflexiones: ademas de esto cité el trozo de la Gaceta Mercantil de Buenos Aires, transcripto al Telégrafo de Montevideo, ámbos del mes de Junio de 1834; á cuyos periódicos fué trasladada la prevención que trae contra la escarlatina la medicina casera del Dr. Graham, que he tenido ahora á la vista para cerciorarme que su traductor nombró, equivocadamente sin duda, la planta yerba mora en lugar de belladona. Sin desechar estos motivos mi calidad de extranjero, que para otras cosas tanto se aprovecha, debiera ponerme á cubierto de la puntillosa crítica á quo me subordiné de antemano.

¿Cómo removeré la virulenta nota, que por un rasgo de elocuencia puso el censor en la página 21 á lo que aduje en mi Memoria con referencia á la admitida propagacion del contagio por medio del aire? Recapitulando mis idéas no; porq' eso nos conduciría muy léjos: presentando y comparando infinitos hechos que acreditan lo que Gay-Lussac ha demostrado sobre la identidad de ese elemento de la vida en todo el globo, tampoco: pues entonces contéstesele que á la propagacion de las enfermedades epidémicas no hay obstáculos que oponerle, si sus principios esparcidos en una atmósfera limitada infestan las sustancias inorgánicas, y se diseminan y atacan los cuerpos con quienes se hallan en contacto. Que este contacto mediato ó inmediato, es el único demostrado no hay duda, despues de tantos hechos bien averiguados, porque la acción de los principios contagiosos no pasa mas allá de la esfera limitada donde alcanza su actividad. Sin embargo, es libre y débese resputar la creencia de cada uno en la materia, porque habría algo de ceguedad con exigir sumisión á conjjeturas, como de ello nos dà una idéa el censor en pretender sacrificar en aras de la venganza un concepto que verí contra la transmisión del contagio por el ayre libre, con el cual no es para compararse una atmósfera infestada.

Cuando por incidente al tratar de las fumigaciones hice referencia á la de Mr. Labarrague, demasiado sabía que los experimentos de este hábil farmaceútico habían produ-

rido optimos resultados en la purificacion del ayre de los parages impuros de París, de los hospitales y de la *Morgue* [23]: y que las sustancias de que hacia uso eran el clorureto de óxido de sosa y el clorureto de cal. ¿Mas estos cloruretos una vez disueltos en agua no se vuelven hidrocloratos Sr. Crítico? Yo sostengo que sí, por mas que V. bosqueje lo contrario, por mas que exagere en el lenguaje de las ilusiones que ha cometido un doble error de Química. Sí; porque la disolucion de una parte de cloruro de cal en una de agua, (24) es un hidroclorato de cal, así como es hidroclorato de sosa la solucion acuosa de clorureto de sosa. Sepa, pues, la arrogancia del censor, que no he sido yo quien catequizó de hidrocloratos estas alianzas del cloro con el agua: por un lado el compuesto de la denominacion por si solo desbarata los esfuerzos críticos de parte de quien se dá la importancia de unas aptitudes químicas tan indefectibles, que se le ocurrió darnos lecciones, á que nos sabor-diná famos sino tubiésemos que advertirle su inexactitud: por el otro, le podemos presentar no la humilde opinion nuestra, que nada vale ante la reputacion brillante de nuestro contrario, mas la de mejores autoridades que la suya, que así han clasificado á estas combinaciones, y lo han estampado en letra de molde, sin temor de que sus luces y su laboriosidad llegase á merecer la clasificacion de *error* por haber llamado con toda propiedad *hidroclorato á la disolucion acuosa del cloro*. Por mi parte al abrigo de nombres respetables, de y á conocer aquellos, q' poseen muy eruditamente la lengua castiza de la química moderna, y q' habiendo analizado las sustancias que se emplean en medicina, nos han dado á conocer en sus obras la significacion del inmenso vocabulario que puede ser relativo al arte de curar directa ó indirectamente. Los Dres. *Begin, Boisseau, Jourdan, Montgony, Richard, Sanson*, que por su crédito debían

(23) Sitio adonde se depositan los cadáveres.

(24) Una de las fórmulas del licor desinfectante de *Labarra-que.*

ser conocidos del Sr. Vilardebó, y que presumo los dejó no hace mucho con buen nombre en la *Capital del Orbe civilizado* garanten mis conceptos á tal respecto, aunque transformados en errores en los cálculos finos é inútiles de nuestro sabio.

Al otro miembro del doble *error químico* señalado con arbitrariedad pedante, conviene decir que su solución es tan facil, como inconcebible la mal fundada desaprobación de un químico preparado á dirjirme. Próximo al término de esta tarea no prodigaré mas fundamentos á esta cuestión que las proposiciones siguientes con que creo poder asegurar mi voto y abatir el desmedido alucinamiento que ha padecido el autor de las observaciones á mi Memoria sobre la escarlatina. Sostengo, pues, que hay afinidad del cloro para el hidrójeno por esto sencillo raciocinio: si el hidrójeno existe en la naturaleza como parte constitutiva del agua; si entra del mismo modo en la composicion de todas las materias animales y vegetales; si el cloro forma alianza con el agua; si es su carácter principal el de destruir casi instantaneamente los colores animales y vegetales, ¿qué duda puede haber sobre su grande afinidad por el hidrójeno?

## CONCLUSION.

Creo haber contestado punto por punto á las observaciones que publicó el Dr. Vilardebó relativas á mi Memoria sobre la escarlatina. Sus reparos apasionados, espenciosos y nada discretos me obligaron á desplegar los medios de comprimir los infundados avances de una animosidad no provocada. Por lo que queda escrito fácil es colijir que aquel profesor desviándose de la órbita de una critica arreglada, prefiri ó ensayar conmigo la efervescencia de sus opiniones apasionadas para increparme hasta el sentimiento que ocasionó la aparición de mi folleto, que

no tuvo otro aliciente que la publicacion de mis investigaciones clínicas en el curso de una fuerte epidémia, para que me autorizaba el ejercicio de mi profesion. H: probado que este no contenía afrenta alguna á la Comision Médica, por las razones que lo contradicen, y porque no se debía reputar ultraje el no preconizar á tientas to las sus concepciones no justificadas como lo espuse. El catálogo de errores que el Sr. Vilardebó se ha permitido indicar siendo difícil de sobrelevar á quien no reconoce la evidencia de semejante clasificacion, ha dado mérito á que la causticidad de supuestas aserciones fuesen rebatidas, impugnándolas en términos que puedan constituir una prueba clásica de sus equivocaciones, cuya exactitud conviene no olvidar. La cesacion gradual y espontánea de la escarlatina sin los esfuerzos recomendados de la tintura de la belladona y de humazos de cloro, es un voto silencioso, pero energico de la naturaleza universal contra las exageraciones de estos supuestos específicos, á que no adherí por no estar en ánimo de seguir las estraviadas huellas de autores que han querido poner á prueba las bellas idéas de sus hipótesis.

He notado igualmente que el Sr. Vilardebó al pretender separar y denominar estados morbosos idénicos, clasificando la sucesion de síntomas congénères ó análogos que representaban la escarlatina, no hizo mas que ofrecer distinciones peculiares que no vienen á ser en realiad otra cosa que la misma afecction representada en ligeras variedades y en diversas formas sintomáticas, que se deben reducir á la enfermedad comun. Si me aparté en la Memoria de este modo de clasificar fué porque reproto origen frecuente de ilusiones el detonarse el práctico en los episodios, ó en tal ó cual síntoma aislado; porque no manifestando estos diferencia positiva quedan subordinados á la clasificacion general del grupo de síntomas que constituye la base de la distincion de las enfermedades.

Es incuestionable q' el empeño del Sr. Vilardebó en esta azorosa critica, obstinándose en rebajar mis derechos profesionales que tube que justificar redarguyendo á sus

jucios precipitados, no fué fruto de una razon ilustrada, desde que acometió con desmedido amor propio la libertad de indagar y analizar la exactitud y conveniencia de los preceptos higiénicos puestos á la consideracion del público para impedir el progreso de la epidémia. Me apoyo en fin en la confianza de no deber temer por haber procurado á mi turno reprimir orgullosas superfluidades, porque no habiendo provocado de ningun modo el menosprecio de aquel que se incumbió de procesar mi Memoria, con la impetuositad é injusticia que descubre la agresion, me cabía el derecho indisputable de hacerle sentir la discordancia de mis idéas, encargándome de su defensa por arregladas y conformes á los principios recibidos. Por lo demás, si le incomoda el agujon de la preferencia, yo no le disputaré esa condicion. Pero si al hombre en sociedad no se le considera un autómata es indispensable que le sea permitido emplear libremente los poderosos impulsos de su instinto para poder alcanzar á distinguir lo que puede serle útil ó nocivo; mucho mas en materias de medicina sujetas á cálculos é inducciones de una estension sin límites.

Me parece pues cierto que no he hecho mas que usar de este derecho, produciendo en la Memoria mis opiniones con la moderacion y criterio que demandan asuntos de este orden: mi censor con pretestos frívolos traspasó la barrera y mostró despecho porque estaba afectado.

Montevideo, 12 de Julio de 1836.

**JOSE PEDRO DE OLIVEIRA.**

